

REVISTA MENSUAL



LETRA REGIONALE

Redactores y Colaboradores en todas las Regiones de España

Año III

... ..

NÚMERO 21

... ..

MARZO DE 1927

Fábrica Electro Harinera Panificadora «San Antonio».—Cardena	Agua de Sungara. El mejor vigorizador del cabello. Depósito general: Farm.ª y Drog.ª Román y Saco. Orense.	BABEINA MERLO Preventivo de las enfermedades de los niños. Lo mejor para la dentición. — Pídense en Farmacias.	Luis Jiménez Marcos Aceites minerales y grasas Teléfono núm. 1 Fernández de Soria, 29
Ultramarinos SIMON VECI Castro-Urdiales (Santander)	Carpintería y Ebanistería. — Diego Gallardo Domínguez.—Daoiz, 52. Villafranca los Barros.	Alfonso Merlo Farmacéutico Valdepeñas (C. Real)	COLEGIO ACADEMIA DE SAN MIGUEL CORREOS Preparación para Auxiliares. Clases por correspondencia. Veinte pesetas mensuales. Dirigirse a don Tomás Ramírez, Oficial del Cuerpo en la Dirección general de Comunicaciones.
Bodegas y Destilerías de Villanueva de Córdoba.—Anisados, licorres, jarabes y vinos	Andrés Murillo Pintor Decorador Baeza (Jaén)	Ceferino Paz Soriano Almacenes de maderas y serrerías mecánicas Albacete y La Roda	MULTICOPISTA.—100 a 200 copias. — Contra reembolso por 30 pesetas. — Luis Delgado Alcalde. — Valsequillo (Córdoba)
Nuevos modelos de corsés, fajas y sostenes a medida.—Julia Alvarez-Santullano.—Torija, 10 y 12.—Madrid.	Fábrica de Espartería «S» marca de la casa Pascual Santos Bernal Cieza (Murcia)	Tejidos - Paquetería Clemente González Ronda, 18 Saucedo (Sevilla)	Restauración de Tapices antiguos y alfombras de nudo Pacífico, núm. 45.—Madrid Dirección: Antonio C. y Lara
Aceites y Jabones Manuel P. Jiménez Caniles (Granada)	Viajeros y Bebidas LA RESTINGA DE ABAJO Moreda-Aller	¿Quiere obtener fruto de sus viñas? Emplee azufres compuestos y aparatos azufradores a 6 pesetas, que puede adquirir en la Droguería de D. Jesús Velasco Fresno del Viejo (Valladolid)	La Madrileña Camisería, Perfumería Confeciones Francisco Fernández Villa, 5.—Lucena (Córdoba)
Joven maestro ofrécese para Colegio 1.ª o 2.ª Enseñanza. José Sevillano.—Toro (Zamora)	Ruperto Urtubia Cosechero exportador de vinos Rincón de Soto (Rioja)	Sacerdote: Se ofrece, capellanía casa de campo y administrador de esta a la vez. Entiende agricultura. — Razón: Empedrada 21, Valdepeñas (Ciudad Real)	El Número 6 Restaurant de José Montes Guzmán Consuelo, 6 Jaén
Los mejores chorizos de Cantimpalos LA UNICA Mendoza	Alberto Sánchez Rodríguez, de Albox (Almería). Representaciones e informes comerciales. Viajes a Almería y Granada.	ANTI ASTENY C Reconstituyente Representante general para España: Don Dionisio G. Repiso Sánchez, Barbero, 11 Salamanca	Escuela Católica Educación e instrucción garantizadas Almansa
Peluquería Madrileña de Rafael Melero Cano Franquea, número 10 Martos (Jaén)	Adolfo Knoblauch, Ingeniero. Hormigón armado sin molde. Máxima economía.—Ceuta. Apartado 333.	Casa de Huéspedes «Pensión Moderna» Comidas económicas Calle del Sol, número 33 Talavera de la Reina (Toledo)	Manuel Díaz Iñiguez Representaciones Antequera (Málaga)
Tienda de Josefina Fanjul. Paquetería, bisutería y telas.—Inmenso surtido. — Caborana-Aller (Asturias)	Sastrería Rentero Padilla, 11 Talavera de la Reina (Toledo)	SAN GABRIEL Fábrica mecánica de Tejidos Especialidad en Alpacas Francisco Sampelayo Priego de Córdoba	Sastres: Enseño cortar y probar.—M. Béjar.—San Francisco, n.º 39 Coria (Cáceres)
Francisco Orzaez Pintor Decorador Cubillo, 13 Baeza (Jaén)	Hotel Anglo Hispano Algeciras	Eduardo Sáinz Camino Manufacturas de cajas de cartón Paseo de Posada Herrera. Torrelavega	Confitería y Pastelería María Vicario, viuda de Izquierdo. — Plaza del Progreso, 14.—Madrid
Casa de viajeros y de bebidas «La Restinga de Abajo» Moreda-Aller (Asturias)	Fábrica de conservas vegetales. Frutas en almíbar. Sta. Teresa, 16.—Murcia	H. COMERCIO San Pablo, 21 Baeza (Jaén)	
Aceites y Jabones de Pedro Parellada Baja San Pedro, 71 Barcelona	Antonio Campos Pintor decorador y escenógrafo Baeza (Jaén)		

LETRAS REGIONALES

Revista Mensual Ilustrada

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

NOVELAS, CUENTOS, LEYENDAS, POESÍAS, HISTORIA LITERARIA, CRÍTICAS,
PÁGINAS FEMENINAS, FOLKLORE, CRÓNICAS,
SECCIÓN «LITERATOS NUEVOS», CONCURSOS, BIBLIOGRAFÍA, ETC., ETC.

Director: S. Ramo Almodóvar

COLABORADORES

Armando Palacio Valdés, Serafin y Joaquín Alvarez Quintero, R. Alcover, G. Alvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Bianco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Santiago Camarasa, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Mateo Cladera Palmer, Antonio de Cora, Juan Luís Cordero, Carlos Luís de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luís Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luís G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luís Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Peláirea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, José Romero Cuesta, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luís Antonio de Vega, A. Villar Ponte, :: :: Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos :: ::

Oficinas: Encarnación, número 19.-CÓRDOBA (España)

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN ANUAL:

En España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

Gonzalo, Galdeano y C. ^a Hierros comerciales Prim. núm. 3 Bilbao	Fructoso Fernández Risco Comisiones y Representaciones se admiten de casas serias. Orellana la Vieja (Badajoz)	Farmacia Veyas Fabián Cañaveral (Cáceres) Los medicamentos que se emplean en esta Farmacia proceden de los más acreditados laboratorios alemanes.	Pedid las conservas marca La Campesina Calahorra (Logroño)
Angel López Gradillas Jamones, tocino y mantecas al por mayor Juan Bravo, n.º 30 Segovia	Hidráulica conquense Alfredo García Fabrica de Mosáicos Hidráulicos.—Fabrica: Ramón y Cajal, 17 al 23.—Cuenca	Carretería y maderas de J. V. NIETO Alcaraz Albacete	Ferretería LIGORIT Calahorra (Logroño)
BAR-CAFÉ de Feliciano de Careaga Carretera nueva Retuerto Baracaldo	«POLITECNIA» Institución de Enseñanza San Fernando (Cádiz) Gran centro cultural de material pedagógico moderno.	Fábrica de Cajas y Estuches Hijo de J. C. Ramiro D.ª Trinidad Luna 19. Málaga	Cándido Casanova Sastre Manifestación 37 y 39 y Virgen, 1 Zaragoza
Oficina de Patentes y Marcas Arrieta, 7.—Madrid	Diego García Navarro Fábrica de Yeso Villena (Alicante)	EL NORTE Quincalla y Mercería Paloma, 58 Burgos	Bisutería, Perfumería, Juguetes y artículos de regalo LA LUZ - Badajoz
Emilio López Alonso Escultor Ejecución en piedra, mármol y escafolo, de estatuas y monumentos Almansa, 45 Madrid	«LA TROPICAL» Confitería Mahón (Balears)	JULIO NUÑEZ Comisiones y Representaciones Aguilar del Río Alhama (Logroño)	La Dulce Alianza Confitería Santa María, 8 Málaga
Madrina de guerra solicita Jesús Lorenzo Blanco Compañía Expedicionaria de León núm. 38.—Tetuán	Academica Cormentana para Telégrafos y Carreras universitarias Rambla, 45 Palma	Tarjetas Postales Ilustradas de todas clases y precios JUAN OLIVER Felanitx (Mallorca)	Comisiones y Representaciones Vélez Rubio (Almería) José Sánchez Lozano
JUAN CARRILLO Carpintero Coronada, 15 Villafranca Barros (Badajoz)	Víctor Ramos-Catalina Maderas Sevilla	Isidoro Alvarez Pintor-decorador Salamanca	Alfredo Agudo y Bullido Comercio Novés (Toledo)
Hilario Rojas Salido Comisiones Priego de Córdoba	José Salinas Miralles Cáñamos Callosa de Segura (Alicante)	José López Becerra Confitería Constantina	José Herreros Manjón Practicante Villanueva del Arzobispo (Jaén)
JORGE SEGUÍ Comisionista Santo Tomás, 31 Alcoy	Comisiones y Representaciones JOSÉ DEL RÍO Herrera (Palencia)	MAMUEL ROJO Anisados y Coñac Constantina (Sevilla)	Domiciano Zabaleta Tratante de ganados Baltanás (Palencia)
Dr. Lorenzo Castillo Médico odontólogo Dentaduras anatómicas. Incrustaciones porcelana Infiesto (Asturias)	Salvador Manso Dueñas Zapatería Villasandino (Burgos)	Joven 23 años con solvencia moral y material desea plaza de cobrador. Escribid a Alfredo Blanco. La Espina (Oviedo)	Atilano Cepeda Díez Maestro Albañil Baltanás (Palencia)
Gran Fonda «La Extremadura» Se admiten abonados a precios convencionales Ernesto Deligny, 5 Huelva	Eladio Belda Irlés Comisiones y Representaciones Orihuela (Alicante)	«LA FAVORITA» Gran torrefacción de cafés y fábrica de chocolate Victor Plascencia Sancho Cañaveral (Cáceres)	Antonio Urbano Farmacia Constantina (Sevilla)
Solicita madrina de guerra Pablo Fernández Grupo Regulares de Ceuta 3 2.ª Tabor 2.ª Compañía Ceuta	Inmenso surtido en géneros de hilo, lana y algodón. Precios sin competencia Vidal Martín de Nicolás Quintanar de la Orden (Toledo)	Fabricación de aceites puros de oliva Argimiro Vergara Muñoz Doña Mencía (Córdoba)	Tenedor de libros desea colocación para oficina Dirección: Plaza Mayor, 21 Santa Pola (Alicante)

TODOS LOS MESES un número de la Revista y un anuncio como éste 12 PTAS. AÑO precio de la suscripción	PLATERIA DE CLAUDIO CORTES La casa que más barato vende Especialidad en composturas Platería, 56 Palma Mallorca	FRUCTUOSO NIETO CORRALIZA COMERCIO Orellana la Vieja (Badajoz)	Fonda de la Estación de Baeza Meriendas para viaje. Camas para viajeros DAVANT HERMANOS
En preparación "El eterno soñama," novela por J León Domínguez Esteban	BAR ALFONSO XIII Bebidas y licores de las mejores marcas. Alcazarquivir (Marruecos)	LABORATORIO CALATRAVA Campanario (Badajoz) Pídase nota de las especialidades	MARIANO SANCHEZ ANTOLINEZ Destilería de aceites esenciales REPRESENTACIONES Tabernas.—Almería
FABRICA DE MUEBLES de Francisco Barrios Real, 17.—Valdepeñas Exportación a provincias	MIGUEL DE YERA Agente Comercial y de Se- guros Generales en Gua- dalajara y su provincia. Sucursales en Madrid y Pastrana Chiloeches (Guadalajara)	RICARDO PEREZ LASSALETA Abogado en ejercicio Avenida Mández Niños, 8 ALICANTE	HOTEL RESTAURANT «SAEZ» Estación de Baeza
ANTONIO PEREZ MURILLO Representaciones Zalamea de la Serena (Badajoz)	M. GARCIA Centro de Representaciones Fábrica de medias y calcetines «ARIADNA» Tabernas. (Almería)	Fábrica de Sompiers de AURELIO HURTADO Buenosucos, 11.—Valdepeñas Exportación a Provincias	No deje de visitar en sus viajes de turista, La Playa de Javea (Alicante) Estación veraniega y uno de los más bellos psajes de la costa levantina
ENRIQUE SUREDA Felanitx.—Balears Cintas vegetales Cordones calzado	Mueblería «LA INDUSTRIAL» Se remiten muebles a to- das partes. Especialidad en telas metálicas. Jesús Ce- rejo Sánchez. Lugo, Cam- po de la Feria. Rabadé.	El Ceptró de la Abadía Tejidos, Paquetería, Colo- niales y Harinas al por ma- yor y menor.—Hijo de Pe- dro Delgado.—Burgon- do (Avila)	MADRINA DE GUERRA solicita Inocente Fernán- dez Ordóñez, Sargento del Ser. Tabor. Harka de Te- tuán.—Aixdir
«FINO CRIADO» José Criado Pipo Agnular (Córdoba)	JUAN RUEDA CALATRAVA Armería Efectos de caza y explosi- vos.—Tabernas. (Almería)	ELECTRO-HARINERA DE SAN JUAN Risco y Pozo.—Las me- jores harinas de Extremadu- ra.—Orellana la Vieja.— (Badajoz)	JOSÉ GONZALEZ RODRIGUEZ Villalegre.—Avilés Desea la representación de exportadores, para esta provincia de Oviedo.
José Alonso de Celada Farmacéutico Valmaseda (Bilbao)	ACADEMIA MAZAS Ingenieros - Arquitectos (Internado especial) Pídase Reglamento Valverde, núm. 22 MADRID		RAMON TEJADA SUAREZ Mercería Plaza Sagasta, número 4 Cazorla (Jaén)
Carnecería LA ESPAÑOLA Carnes de vaca de primera Embutidos ALFONSO FERNANDEZ Alcazarquivir (Marruecos)	JOSÉ FÁBREGA MUÑOZ Depósito de Benicña mar- ca «Clavileño».—Los Yesos Tabernas (Almería)	LA INDUSTRIAL Antonio González Estrada Carpintería mecánica Se facilitan presupuestos P del Teatro Alfonso XIII Alcazarquivir (Marruecos)	BAZAR ALBA Ampliaciones en semi-es- malte y bromuro TANGER
¡YA SALIÓ! «Villalta el triunfador», Magnífico pasodoble dedicado al diestro aragonés.—Lujosísima edición para canto y piano.—Magnífica portada El último éxito musical registrado en España.—Pedidos directamente a los autores: fernando Luna, Fuencarral, 2, o Emilio Sáez, Cádiz, 3, Zaragoza.			
EL SIGLO.—Tejidos Viuda de B. CEPAS Paquetería, Ferreteria y Coloniales Marchena (Sevilla)	Sastrería Eclesiástica de SEVERINO AGREDA Calle de Ruiz Zorrilla, 10 Burgo de Osma	Antopio Alba Frías Taller de mármoles, co- fres, lápidas y piedras hebraicas Calle de Fez Tángor	IGNACIO GIL HOYOS Sastrería y Confecciones Cáceres
¿Quiere V. librarse de los terribles días sin pan en la vejez? Suscribise en Los Previsores del Porvenir Madrid, Av. Peñalver, 22 Sucursal en todas partes	BAR EL «9» Bebidas y licores de las mejores marcas Tapas variadas Alcazarquivir (Marruecos)	HOTEL CAFÉ Y RESTAURANT BURGUENO Calificación en todas las habitaciones Poñaranda (Salamanca)	Desiderio B. Díez MÉDICO Olmedo de Camaces (Salamanca)
Pablo Pérez de la Encina Agente de Seguros Comisiones y Representa- ciones Albares (Guadalajara)	Francisco Cabrera Barbería El Gastor (Cádiz)	Viuda de Manuel Benito Ultramarinos, Tejidos, Paquetería al por mayor Automóviles de alquiler Puebla de Yeltes (Salamanca)	FRANCISCO GARCIA Comisionista matriculado Cartaya (Huelva)

RELOJES BARAS Barbastro (Aragón)	Juan Ant.º G. Salmerón admite representaciones con especialidad Licores y Aguardientes San Antón, 7 Manzanares (Ciudad Real)	CAFÉS BAREA Torrefacción moderna MARTOS (Jaén)	La POPULAR Ángel Pérez Palacio Comestibles y Hospedaje Pérez Crespo, 49 Sta. Colomba de Somoza (León)
Fábrica de Albarcas en todos tipos y clases Urbano Sánchez Ibáñez YECLA (Murcia)	Antonio José Cebrián Romanas y Básculas El Salobral (Albacete)	La PANACEA Fábrica de Harinas de FORTUNATO ALONSO Manganeses Lampreana (Zamora)	FABRICA DE LADRILLOS DE TODAS CLASES de Antonio Jiménez Alfarería, 87 Sevilla
Los mejores vinos de mesa y Aceites refajados VIUDA DE BECERRO Montánchez (Cáceres)	Sellos para colecciones Venta-compra cambio Viuda Beneitez-Tuy	Fábrica de ladrillos, tubería y cerámica en general Sucesores H. Engerer Alcazarquivir.—Marruecos	Solicita Madrina de Guerra Mapuel Pipeda Isaac Sargento de Artillería C.º Art.º 1.º B.º Alhucemas (Marruecos)
CUEVAS DE ARTA (Balearres) A muy corta distancia de las Cuevas, tiene establecido el Gala servicio Restaurant Variedad en vinos, licores.	Fonda Dorado Comodidad e Higiene Antonio Molina Sabolsido Grazalema (Cádiz)	MADRINA DE GUERRA solicita el sargento Juan Torres.—Batallón Cazadores Africa n.º 2, primera Compañía.—Larache.	Fábrica de Tejidos de Lana José Ruiz Lobato Grazalema
Máquinas de coser Wbertheim Rápida, Castell y Massot Santo Domingo, 10 Palma de Mallorca	EL SOL Fábrica de Jabón de Filemón San Román Vega Manganeses Lampreana (Zamora)	EMILIANO MAYORAL Representaciones Trillo Guadalajara Acepto representaciones de todas clases	CASA TORAL Novedades Zapatería y artículos de regalo Alcazarquivir (Marruecos)
¿Deseáis propagar vuestros artículos por la Zona de Protectorado Español en Marruecos? Dirijanse a Ramón Ulzurruy Agencia de Representaciones. —Alcazarquivir.—Marruecos.	Central Eléctrica de DAMIAN JUNCADILLA Molinaria y Aserradora Venta de tabillitas para toda clase de envases Santa María (Mallorca)	GRAN SALON DE PEQUERIA de Rafael González Sandoval Plaza de Topete, 4.—Cádiz	TROUPE VERCHI Variedades Para detalles y contratos, dirijanse a Linares, 15 ELIDA (Alicante)
«LAS VILLAS DE UN MAESTRO» Novelas por Juan M. Borrás Jarque Fraco, 3 pesetas Librería Viuda Ballester Castellón	FÁBRICA DE CHOCOLATE Remitid en sellos de correos o giro postal ptas. 4.º50 y recibireis una muestra de 4 pastillas de exquisito chocolate de 185 gramos cada una. Se sirve a reembolso.	La AURORA Molino harinero. Almacén de abonos minerales y de cereales, de Clemente Alonso Manganeses Lampreana (Zamora)	Andrés Guerrero González Grazalema (Cádiz) Fábrica de cachos de fibra de coco para Prensas Hidráulicas pedidos a José María Juliá Albaida (Valencia)
		Miguel Martínez Lodeiro admite Representaciones Carretera de Berango, 4-2º Algorta Vizcaya	José Vázquez Rivada solicita Representaciones para toda la Región gallega Puente Mayor (Orense)

Novelas extremeñas de A. Reyes Huertas

«Los humildes senderos»
«La sangre de la Raza»
«La ciénaga»
«Agua de turbión»
«Fuente serena»

De venta en todas las buenas librerías

¡GRAN ÉXITO DE LIBRERÍA!

“FRUTA DE ARAGON”

por G. GARCÍA-ARISTA Y RIVERA

Envío 1.º—Envarada
» 2.º—Excoscada
» 3.º—Abatollada (en prensa)

En todas las librerías

Leed las obras de Mateo Cladera Palmer

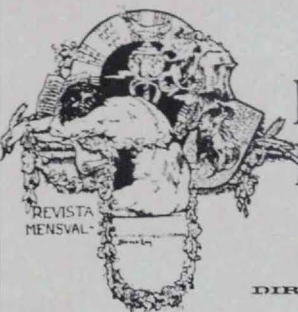
“EL VALOR MORAL DEL HOMBRE”

y

“LA LIBERTAD DE ESPIRITU”

Pedidos al autor

PALMA DE MALLORCA



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES EN
TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año III

MARZO DE 1927

Núm. 21



MUJERES ESPAÑOLAS: UNA BARBASTRENSE DE LAS REINAS DE LA BELLEZA, POR DERECHO PROPIO, EN LOS FUEROS DE ARAGÓN

Del tesoro artístico español

La realidad de las obras de Ignacio Zuloaga

Por Santiago Camarasa

VAMOS a traer a esta sección, dedicada por entero al caudal artístico español, junto a los valores pretéritos, junto al arte monumental del pasado, los valores actuales,

las manifestaciones artísticas de nuestros días, que por ser de arte y por ser españolas, forman parte del tesoro patrio.

España tiene hoy eminentes artistas, ilus-



«LAS BRUJAS DE SAN MILLÁN», CUADRO DE ZULOAGA



RETRATO DE MAURICIO BARRÉS ANTE LA CIUDAD TOLEDANA

tres maestros en todas las artes, que afirman más y más su gran prestigio artístico, que abrillantan su interesante historia.

Es uno de estos maestros, uno de estos colosos, el pintor Ignacio Zuloaga; su arte, eminentemente singular, verdaderamente suyo, atrae como el que más.

Sin embargo, ha sufrido una de las más enconadas críticas; ha sido objeto de las más desagradables censuras, especialmente por sus modelos, por los asuntos que llevó a sus lienzos.

Zuloaga, viviendo y trabajando en París, cosechando ruidosos éxitos en aquel gran am-

biente—donde tan difícil es triunfar—, los que se han expendido a todo el mundo, era censurado en España, donde se propagaba que con su arte fomentaba la leyenda absurda de las «españoladas».

Cuando de tarde en tarde se reproducía en la prensa algunas de sus obras, aunque no hubiera en ella «toreadores» ni «chulapas»—toreros y manolas—los eternos comentadores renovaban sus intencionadas críticas.

Siempre era el pintor de la «españolera andante».

Y nada más injusto; Zuloaga, pintor admirable de tipos españoles, entre ellos toreros y manolas, no ha laborado en contra de España, sino muy al contrario: La ha conquistado los mayores prestigios y los mayores triunfos, con los que él ha obtenido, siendo de España, y siendo su obra, como es, netamente, eminentemente española.

Arte maravilloso el suyo, que refleja el recio temperamento, la gran capacidad de un pintor, que conoce muy bien lo que lleva a sus cuadros, y sabe cómo ha de llevarlo.

Zuloaga, el gran pintor español, el exquisito artista del retrato; el tan censurado, por no ser bien conocido, de algunos de los suyos, ha venido a España con su obra, reclamado insistentemente por amigos y admiradores.

Recientemente ha hecho una exposición en el flamante salón del Círculo de Bellas Artes en Madrid, que inauguró él—inauguración con todos los honores—por la que ha desfilado todo el pueblo madrileño, y todo el que de provincias llegó a la corte.

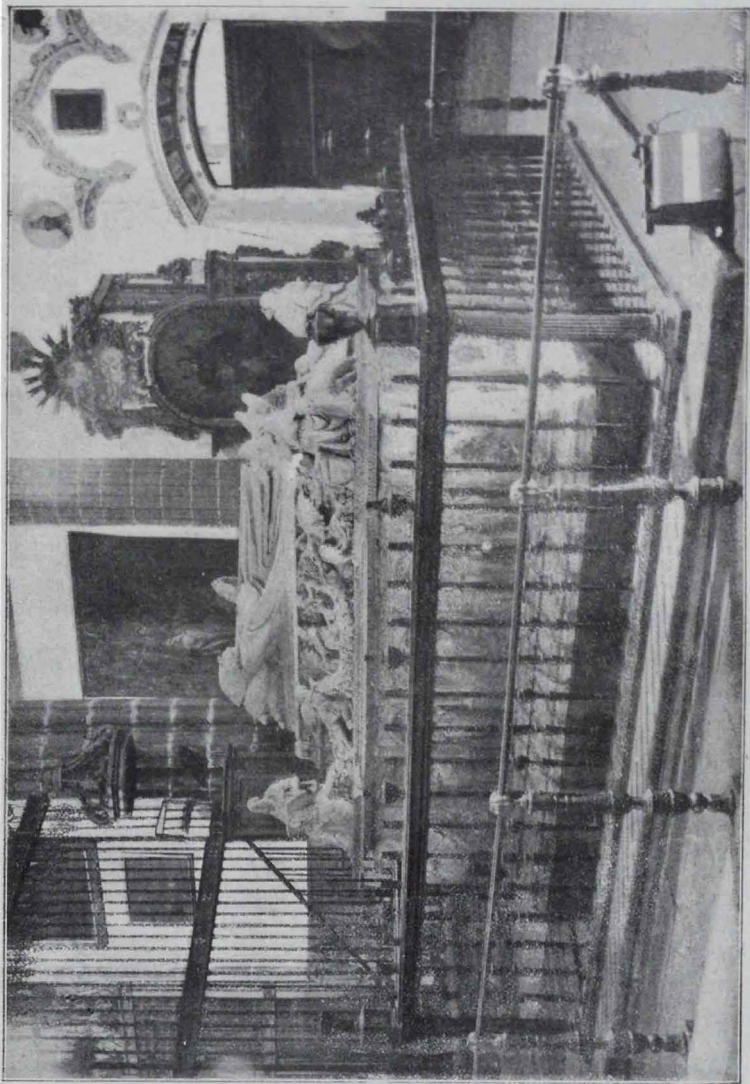
Público y crítica, sin excepción alguna, ha elogiado con verdadera admiración su obra, quedando anulada por completo la absurda farsa de los envidiosos y los pesimistas, de los amargados y los rutinarios, sobre las «españoladas» de este gran artista que tanto ama a su patria y que tan alto la ha colocado en el mundo del arte con sus singulares obras.

Ha muy pocos días que se clausuró la exposición, y el recuerdo, la emoción de sus cuadros, queda, perenne, como subsistirá en mucho tiempo, sin que pueda olvidarse nunca, aunque desaparezca la visión de sus detalles, de las figuras y del colorido, la excelencia de su obra, impuesta entre los suyos, de una vez y para siempre, como la de uno de los primeros pintores españoles contemporáneos, destacándose también entre los más notables del extranjero.

SANTIAGO CAMARASA

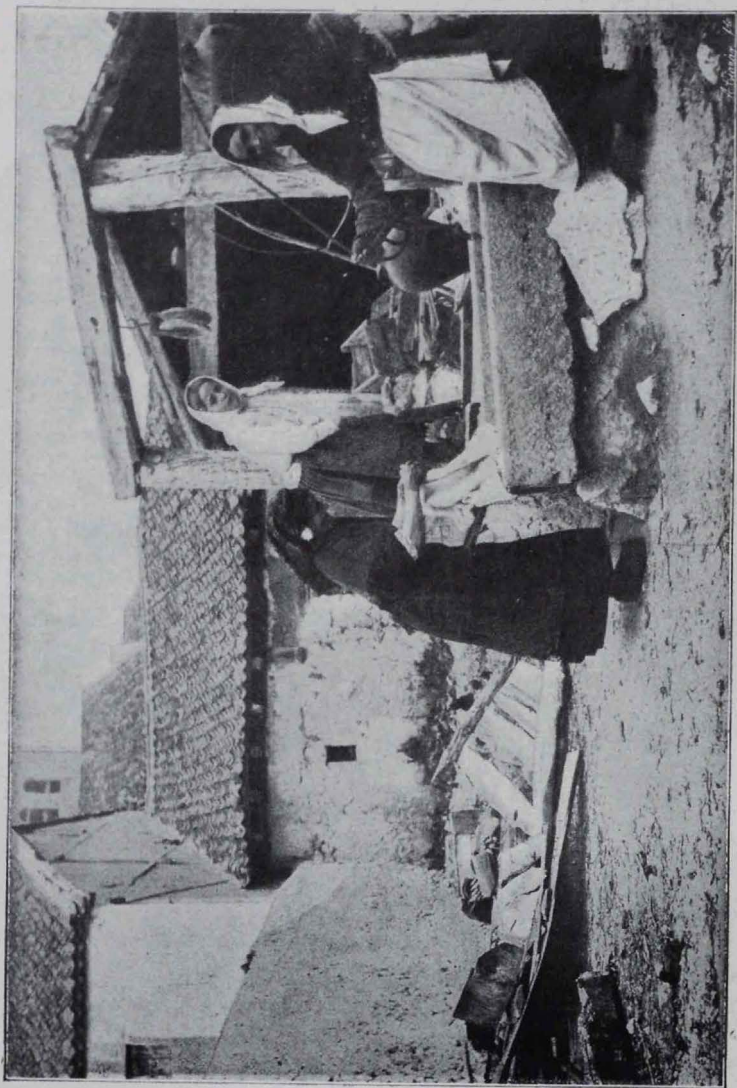
Febrero 1927.

(Fotos Revista «Toledo»)

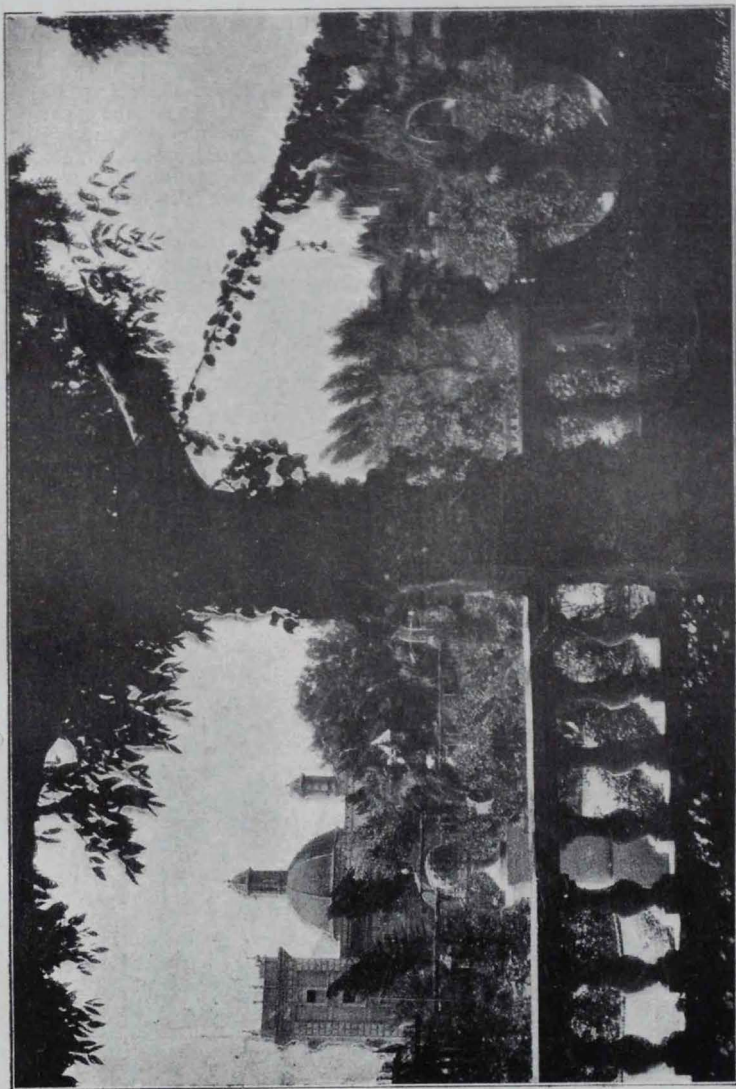


MAUSOLEO DEL CARDENAL XIMÉNEZ DE CISNEROS EN ALCALÁ DE HENARES

Foto A. Sierra



TIPOS SEGOVIANOS: UN PATIO DE CANTALEJO



VALENCIA. PERSPECTIVA EN EL JARDÍN DE LOS VIVEROS

Foto J. Moreno

POETISA

Por Jesús Pabón

QUIERO llamarla así. En aquel librito de quince páginas que, con sus pequeños ahorros y a escondidas de los suyos, publicó a los doce años, en aquel librito que tiene poesías de su primera niñez, de los ocho años, puso un prefacio lleno de ingenuo encanto en que confesaba haber acariciado esa palabra como una ilusión. Yo quiero que la vea realizada. Quiero llamarla así.

¿Poesías de ocho años? No penséis mal; no sonriáis con malicia como ante un nuevo caso de precocidad siempre fracasada, como ante una «niña prodigio»; sonreíd, primero, benévola, que sólo una benévola sonrisa pide ella para sus versos. Y luego pensad y leed conmigo.

Mercedes Ballesteros Gaibrois tiene hoy trece años; esos sus apellidos sonarán a conocidos a todos los que



MERCEDES BALLESTEROS GAIBROIS

hayan intentado alguna vez conocer algo de nuestra historia. En el aula y en los libros de su padre han estudiado y estudian generaciones de escolares que conocieron en ellos uno de los más ágiles entendimientos y de las más sólidas culturas españolas. Mercedes Ballesteros ha crecido en un ambiente de trabajo intelectual, de cultura, de bienestar; ha viajado, ha leído, ha oído sobre todo más de lo corriente en una niña de su edad.

Pero ella no gusta de los estudios históricos que sus padres cultivan. Nació poetisa, poetisa por maravilla, pero no a la manera, repito, de tantos niños de aptitudes precoces que dan sus frutos antes de tiempo en un desarrollo extraño y anormal que pronto cesa, convertida en torpeza la primitiva admirable cualidad. Ella es un alma de una sensibilidad exquisita y única entre las que de su edad conozco. Pupila abierta a cuanto le rodea, han despertado las cosas en ella una vibración sentimental que ha necesitado traducir en versos, «vulgaridades—dice ella—que acuden a mi pensamiento y no puedo rechazar». Desde que comenzó a escribir (los ocho años), sus versos tienen un desarrollo progresivo, normal, lógico; cada año detesta ella lo que escribió el anterior, ni más ni menos que cada movimiento literario, político, social deplora el que le precedió, demasiado lejos para identificarse con él, demasiado cerca para encontrarlo típico, característico, venerable, representativo de algo que pasó y no volverá.

No es, yo os lo repito, una «niña prodigio», ese tipo de niña-mujer que tanto se persigue como ideal de educación. Lee sus versos sin ninguna actitud pretenciosa, con un trémolo de timidez en la voz; no gusta la lectura que de ellos hacen los demás, ni más ni menos que todo poeta; sólo accedería a leer el último que ha com-

puesto, el único de acuerdo con sus sentimientos de entonces.

De los poetas que ha leído, Bécquer es el que más le gusta, el que ha dejado más huellas, no tanto en cada estrofa, cuanto en esa manera tierna, sentimental y aun francamente triste con que trata cuanto es objeto de sus poesías. Aun aquellos versos que pedían a Ruiz Contreras se dejase nuevamente la recién afeitada barba (suplica que atendió el traductor de Anatole France) están exentos de toda jocosidad y, por el contrario, hablan de un afecto tierno y respetuoso.

«No imidas, D. Luís querido,
que tu barba crezca más;
déjala correr, correr
que la pueden alcanzar
unos versos de mujer.
¡Déjala, D. Luís, crecer!»

Pero aunque la influencia de Bécquer se note no tan sólo en el tono general de sus versos sino también, y con más intensidad en algunas poesías («A la Madre Muerte», «Abandono», «Tú»), sería inútil el intento de clasificar a nuestra poetisa en un grupo, en una tendencia, en una escuela determinada. Ella no es una personalidad literaria, con una orientación fija en cuanto a los asuntos y a la forma, que requieren más tiempo para desarrollarse y fijarse. Es, ya lo he dicho, una pupila abierta a cuanto le rodea que encuentra poesía en las cosas, que siente la necesidad de expresar en versos los sentimientos que le despiertan y que los expresa sin esfuerzo; ella no tiene premeditado ni el asunto ni la forma. La gama del primero es tan extensa cuanto puede abarcar la observación de una niña, cuanto le han podido ofrecer la vida y los libros. La primera, a más de asuntos singulares («A Valle Inclán», «A D. Luís Ruiz Contreras», «A la estatua de un luchador») el amor patriótico («Castellanol», «De América a España») y el amor de familia («El

padre», «Canción de un viejo», «Nochebuena»); los libros, el dolor de vivir y el dolor de la muerte («El viejo del Circo», «La suerte», «La segadora», «A la Madre Muerte»).

La forma es de una perfección que en tal edad haría por sí sola maravillosa su manera de escribir. Leed su primera poesía, «La suerte»:

«Se echó a suertes la suerte.
Y ésta a Max le tocó
y con la suerte en manos de la muerte
el muchacho marchó.»

Y en su segundo libro (a quien el auxilio materno permitió un lujo que contrasta con la sencillez del primero) hay esta poesía, «Ante un espejo», tallada de manera que recuerda a algún romántico nuestro apasionado de la forma:

«Ya mi rostro es arrugado,
ya es gris mi pelo castaño.
¡Adiós, los tiempos de antaño!
¡Adiós, juventud gallarda,
que de la muerte sois guarda
y cubris el desengaño!»

Pero no es esa poesía admirable sobre todo por la que yo más admiro en la de Mercedes Ballesteros, ni es la forma lo que constituye su extraordinario encanto. Yo quisiera decíroslo clara y brevemente.

Toda la lírica (y aun todo el arte) de nuestro tiempo es un afán de volver atrás, de abandonar la forma pulida, enrevesada, artificial que hablaba de vejez, de decadencia, para hallar la frescura, la espontaneidad, la naturalidad de los tiempos mozos del arte. Por eso el modernismo ha amado a los pintores y a los poetas del siglo xv más que a los de la edad de oro; aquel su esfuerzo por vencer las dificultades técnicas tenía para ellos un encanto de balbuceo de niño que aún no puede hablar bien. Es el arte viejo que quiere anifiarse. Por eso amó más que nada la poesía popular, siempre joven, que une a la novedad inagotable del motivo la experiencia de la forma siempre vieja. Y es tan

difícil escribir como joven cuando se es viejo! En la poesía de nuestro tiempo como en la característica que hace de ingenua en el teatro se notan las arrugas del tiempo.

La poesía de Mercedes Ballesteros consigue ese raro ideal de nuestros poetas. Poesía joven, sin ningún esfuerzo por encajar una idea en una vieja forma, sin ninguna necesidad de anifiarse, porque es niña en realidad.

Y siempre esa hondura rara de su pensamiento y de su sentimiento, estupenda en su vida aun tan corta. Esa meditación de «El Padre»:

«Pensar
que su alegría
su gloria y su belleza
es mía.

Pensar... pensar...
que esta persona
es mía.»

Y aquella otra de «¿...?»:

«Me preguntas
de las fuentes de la vida.
¿Por qué las quieres saber
siendo un niño como eres
siendo un muchacho, Gabriel?
Me preguntas de la vida
los engaños y maldades.
¿Por qué los quieres saber?...»

Yo quisiera que estas líneas mías sonasen en sus oídos como un aplauso de admiración y de afecto; que le animasen a realizar siempre cumplidamente esa necesidad que siente de cristalizar en versos sus sentires; y también que le llevasen a mirar con cariño los versos publicados, que ya mira lejos de su alma de hoy, y que yo contemplo sobre mi mesa entre los libros de los poetas contemporáneos con aquel cariño con que veo y escucho a los niños cantar las canciones populares en corro a las hogueras que encienden con retama, en las viejas plazas de los pueblos, donde los días de fiesta suena la traca y brillan las luces chillonas de los fuegos artificiales...

J. PABÓN

Zaragoza, 2-927.

Profesor de la Universidad

¡LADRONES...!

Por Vicente Díez de Tejada

ESTE cuento, lector, es absolutamente mío; como todos los que han brotado de mi pluma pecadora;

que jamás ésta fué ganzúa violadora del santuario ajeno, ni gancho trape-ro rebuscador de extraños desperdi-



cios. Este cuento es mío, porque lo he escrito yo; pero no es hijo de mi magín cansado, ni de mi inventiva hebén, ni de mi inspiración manida. No he forjado yo este cuento golpeando sobre el yunque de mi intelecto, con el acotillo de mi voluntad. Este cuento es mío, porque lo he vivido yo.

En las brumosas fronteras que separan—y que enlazan—los campos serenos de los caóticos dominios del delirio febril, poblados de monstruos de pesadilla, algo, alguien sopló en mi oído, como en el del malaventurado monarca danés, el veneno letal, la esencia de esta mansa tragedia. Y el cuento fué. No le pidáis lógica ni verosimilitud, que no la admite el desquiciado galopar de la insania; tomad, sí, de él las enseñanzas provechosas que os dicte, que hijas son de la verdad: patrimonio de los niños y de los locos.

* * *

Yo era un viejo labrador acaudalado. Una áspera y cruda noche de invierno, en el amplio casón pueblerino, sepultado en la patriarcal yacija blanda y tibia, libre de cuidados, horror de preocupaciones, extraño al frío y ajeno al hambre, entregábame a las dulzuras del reposo, junto a mi compañera, viejecita como yo, y como yo tranquila y confiada, en calma el corazón y el alma en paz, dichosos y felices. Eramos solos, y estábamos solos...

Por la anchurosa mansión deshabitada galopaban los alados corceles

del silencio, mudos y blandos, como el volar del buho nocharniago.

De pronto, el callar sepulcral de la noche lanzó un alarido de agonía. La saeta de un chasquido acababa de clavarse en su corazón.

—¿Oyes?—me dijo mi mujer, amedrentada—. ¿Has oído?... Hay gente abajo...

—Sí—le contesté yo, no más sereno—. Hay gente... He sentido que algo ha crujido en el zaguán... acaso en la cuadra.

—Ni bestias, ni gato, ni perro hay, que se inquieten... Solos estamos... ¡Ladrones son, Virgen mía—ayecó mi mujer—que a robarnos vienen nuestros caudales!

—¡Antes se llevarán mi vida—rugí yo—que el fruto de nuestros afanes y de nuestros desvelos; que el sudor de nuestra juventud; que el descanso de nuestra vejez!

Me arrojé del lecho, encendí la luz, y, como el viejo solterón del gorro de lona, de que nos habla Andersen, con el frío enroscado a mis piernas, bajé la escalera quejumbrosa y recorrí la casa, como un fantasma, envalentado por mi propia inquietud.

Sobre un montón de hierba seca, guarecidos debajo de un carro, topé con dos hombres.

Dormía uno de ellos. Despertólo el otro, dándole con el pie, y, ofuscados ambos por los resplandores de mi candil, humillaron las frentes y se restregaron los ojos.

Eran dos mocetones fornidos y recios, andrajosos, cuyos harapos mismos, buscaban el calor de sus carnes juveniles y ardientes.

—¿Qué hacéis aquí?—les pregunté, asistido de un valor temerario.

—Ya lo ve usted—me respondieron—. Dormíamos... ¡Se está tan bien aquí dentro cuando afuera cae la nieve, sopla el cierzo y aúlla el lobo!... No hacemos mal a nadie... Ni aun bestias hay en la cuadra, ni gato, ni perro... A nadie hacemos mal...

—Pero nos lo causaríais a nosotros... Sois ladrones... Subiríais a matarnos... Pondríais nuestros pies sobre el fuego hasta que declararíamos dónde escondemos nuestros ahorros... ¡Largo de aquí!...

Callaron; se conmovieron dentro de sus andrajos... Abrí el portón y los arrojé a la inclemencia de la noche, no más dura que mi corazón.

Nevara, en efecto, y la ventisca helada arremolinaba los copos finos y punzantes como agujas, borradores de senderos. La tierra era un páramo; una estepa ilimitada; un infinito de desolación.

Al cerrar la ferrada puerta, el viento metió su hocico por entre las hojas y sopló con fuerza, matándome la luz. Su bufido me pasó de parte a parte.

A tuestas me restituí a la cama, y el frío, «que aprieta más cuando sabe que va a morir», mordía mis carnes, implacable, haciéndome castañetear los dientes.

Mi mujer premió con su aplauso mi heroicidad.

—¡Bien hecho, hombre!—me dijo—. Muy bien hecho... Venían a robarnos nuestros dineros; a llevarse nuestras peluconas... ¡Váyanse al diablo!... Abrigate y duerme... que has metido en la cama todo el frío de la calle...

No dormíamos, no, como otras noches, como habíamos dormido siempre, en calma el corazón y en paz el alma... No podíamos dormir... En nuestro pecho, más que en nuestro corazón, nuestra alma era la que golpeaba, protestando...

—¿No duermes?—musitó mi mujer.

—No; no duermo—contesté yo—. Ha huído el sueño de mis ojos...

—Tampoco yo puedo dormir. No estoy tranquila desde que se marcharon esos hombres... Acaso hemos hecho mal... Hemos hecho mal...

—Sí, sí; ahora lo veo... Hemos obrado mal... Nieva y llueve... y en el monte hay lobos... ¡Nuestros hermanos son!

—¿Los lobos?...

—No lo sé... Yo quería decir los hombres... Son hermanos nuestros los hombres... Y los hemos lanzado a la muerte con los lobos... para salvar nuestros dineros...

—Acaso Dios, viéndonos tan solos, nos enviaba esta compañía!...

—¿Voy a buscarlos?

—Vete, sí; vuela, tráetelos contigo... Les daremos nuestra casa y nuestro pan... Hasta nuestra cama les daré... ¡Y nuestros dineros también, si los quieren!

—Sí, sí; también les daremos nuestros dineros...

Salí provisto de un farol y me aventuré por los campos. Las huellas de las pisadas, casi borradas por la nieve sobre la nieve, guiáronme al principio... Anda que andarás, llegué al límite mismo del horizonte en el que se unen los cielos y la tierra; y allí, las huellas de los sin ventura, dejan-

do la tierra, continuaban marcándose en el cielo, una, y otra, y otra... hasta perderse esfumadas en la inmensidad cenicienta del plumizo vellón...

Regresé triste, abatido, desolado.

Mi mujer no dormía. Me miró silenciosa; y yo, con mi silencio, respondí a su mutismo.

No podíamos dormir.

Nos sentíamos huecos, vacíos, como si de nuestro interior hubiesen sido extirpadas todas nuestras entrañas. Nuestras almas seguían golpeando cual dentro de una caja sonora, en el desamparo de nuestros pechos...

—¡Ladrones eran!— ayeó, al fin, mi mujer, prorrumpiendo en sollozos.

—¡No, no!— contesté yo, intentando calmar su congoja—. ¡No han tocado nuestros caudales!...

—Pero nos han robado algo que valía más que nuestros dineros todos... ¡Se han llevado la paz de nuestras almas!...

Lloré amargamente; y entonces mi mujer, mi verdadera mujer, se acercó a mi cabecera y me dijo:

—Estás muy agitado... Deliras... Toma la cucharada...

¡Jamás sedante alguno me produjo sueño más delicioso!

Y cuando desperté... escribí este cuento.

VICENTE DÍEZ DE TEJADA





Por Narciso Díaz de Escovar

No sabes, ingrato,
lo que es una madre,
cuando no la sientes, cuando no la lloras,
con gotas de sangre.

¿No ves en mis ojos
lágrimas constantes,
no ves los suspiros que exhala mi pecho
y escalan los aires?

Son tristes memorias
de añejos pesares,
son ecos de pena que nunca se acaban,
que siempre renacen.

Es sólo el recuerdo
que deja una madre,
volando del mundo, tendiendo a la altura
sus alas de ángel.

¡Qué tristes sin ella
mis horas se hacen!
¡Sin ella, mi casa parece un sepulcro
en medio del valle!

El cielo cubierto
de oscuros celajes,
parece que sufre, que llora mis penas
cada vez más grandes.

¡Hasta el arroyuelo
que entre flores nace,
las verdes orillas con tintes oscuros
copia en sus cristales!

Los bosques murmuran
plegarias y ayes,
sombras de crepúsculos los montes escalan
¡no cantan las aves!

Y al llegar la noche
y al morir la tarde,
entre aquellas sombras que bajan del cielo,
yo miro tu imagen.

Tu imagen que llega
callada, flotante,
rozando mi frente, besando mis labios,
con besos suaves.

¡Madrel ¡madre mía!
¡tu nombre que atrae,
parece una nota de célicas arpas
que pulsán los ángeles!

Ritmos que modulan
florestas y valles,
alados suspiros que elevan las olas
de rizados mares.

No curan los años,
ni el tiempo mudable,
heridas profundas, que penas tan fieras
en el pecho abren.

De eternas raíces
son estos pesares,
que sin estaciones, retoñan y crecen
fuertes y constantes.

¡Madre, si a tu cielo
llegan mis cantares,
si llega este llanto que riegan las flores
que en tu fosa nacen,

mira como siempre
te recuerdo amante,
que aun muerta palpitas dentro de mi alma
y no sé olvidarte!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Sevilla pintoresca

EL BARRIO DE SANTA CRUZ

Por E. Ramírez Angel

«**S**EVILLA, Sevilla! ¡Allí está! ¡Allí está la reina de Andalucía, la Atenas española, la madre de Murillo, la ciudad de los poetas y de los amores, la famosa Sevilla cuyo nombre pronuncio desde la infancia con la más honda simpatía!... No sueño, no; aquellas casas son de Sevilla, aquellos hombres que allí se ven son sevillanos, aquella torre que veo con mis propios ojos es la Giralda!... He aquí, al fin, las casas blancas, los jardines, las callejuelas!... Ya nos apeamos!... ¡Ah, cuán hermosa es la vida!»

La deslumbrada cordialidad de Edmundo de Amicis, cantor entre miles, de la ciudad de la Gracia, penetra en nuestro alborozo cuando una mañana de Abril nos aventuramos por el Barrio de Santa Cruz. La calle de las Serpes y la Catedral, Triana y el Parque de María Luisa, el Alcázar y la ribera del Guadalquivir, se rezagan

ahora en nuestro gusto de caminar sin más timón que el acaso, ni más brújula para la fantasía que un elemental instinto de orientación. No nos perderemos; esto es, llegaremos a la hora al hotel, y atenderemos sin incidente de monta al resto de nuestro cotidianismo de forasteros. Y si nos extraviáramos, ésta será la miel de las sombras y las fragancias de todo barrio como el de Santa Cruz. Toledo, Segovia, Córdoba, son corolas de escondidas hermosuras y recatados deleites. Perderse en una ciudad bonita es tan fecundo como perderse por una mujer. Con el alma vendada y de par en par, entramos en las dos...

Familias judías poblaron en otro tiempo el barrio confuso de Santa Cruz, y en él padecieron persecuciones y afrentas. Hoy, ingleses impasibles se codean con nosotros, y sus pisadas van dejando caer, para la ale-

gre ciudad hospitalaria, regueritos de oro. He aquí el laberinto perfumado, las callejuelas angostas, por donde un matrimonio, aun de lo más avenida, no puede avanzar del brazo. Alarifes, árabes y mudéjares dejaron en él ecos, hoy apenas perceptibles, de su amor al hogar y de su gusto por lo suntuoso. He aquí los tejadillos que, como pestañas bien sevillanas de estas viviendas, y por salientes y por espesos, se oponen gallardamente a las insolencias del sol. El barrio, en cuanto conserva algo judaico, tiene rinconcillos como asustados aún, como recelosos, amparados en la penumbra y sin sonrisa acogedora en su apariencia ni trazado. Pero, ahora, prevalece lo morisco, gracias al amor con que los sevillanos actuales vienen cuidando el espíritu, la belleza y la poesía de su patria, y al celo que el mismo don Alfonso XIII le ha consagrado. Y así, subsisten los patiecitos y los huertos y las tapias y los zaguanes olorosos henchidos de júbilo y de aroma; las orgías de color que tanto tiesto y tanto azulejo y tanto sol, improvisan en cualquier rincónada; el detalle arquitectónico nunca desdeñado, vivo y lisonjeador siempre, que nos asalta para clavarse en la memoria y no olvidarlo nunca: la reja, que es de hierro labrado, y parece vegetal, hecha de tallos y hojas; la cancela, con sus geometrías maravillosas, al través de las cuales el patio y la vida se inundan de claridad; el artesón, y la zapata, el clavo y el alero, el azulejo y el farol...

Salve, calles de Susona, de Pimienta, de la Vida, de las Doncellas, del Agua, viejas calles, desconocidas hoy, del Ataud, de Barrabás, del Mesón de la Sarra; plaza de doña Elvira, donde la farándula de Rueda parece alborotar todavía; plaza de Santa Cruz, bajo cuya tierra se deshicieron y borrarón los huesos de aquel don Bartolomé Esteban Murillo, gran caballero del

colorido, condestable de la gracia, suave y firme, con un pincel para los tiñosos, que era nardo para las Virgenes!

Muezzines y rabinos, moros y cristianos, proyectan su liviana sombra sobre este aire embrujado del barrio, que se arroja en su silencio como en un manto de monarca. La piqueta ha sabido respetar la antigua Alhambra. Por sus calles no solloza, visible, la profanación, y en cada esquina asoma el buen gusto y el fervor de sus habitantes, que tanto y tan bien quieren a su Sevilla. Ciudad-jardín llaman actualmente a este delicioso refugio, predilecto del Marqués de la Vega Inclán, a quien nunca se agradecerá bastante su resurrección y arraigo entre los extranjeros; asilo de soñadores y de doloridos, donde la piedra fraterniza con la flor; sanatorio de almas en esta Sevilla prodigiosa, donde, como el mismo Amicis escribía hace medio siglo, «no se envejece»...

La leyenda y el arte han ungido este barrio, por cuyos poros se mete la embriaguez del azahar. Como en las viejas ciudades de Castilla, las calles nos conducen a su antojo; pero estas de Andalucía les llevan la ventaja de su elegante optimismo, de su perfume, de su pagauía, de su garbo sensual. No basta, supremamente, callar; hay, humanamente, que sonreír. La misma Sevilla tortuosa y escasa ya, de Santa Cruz, en medio de su mudez y su recogimiento entre conventual y señorial, conserva la luz del gesto animoso. Teófilo Gautier, «que no halló nada maravilloso en Sevilla», salvo la Catedral, lo celebraba rendidamente. «Sevilla tiene toda la petulancia y el bordoneo de la vida; un alocado rumor se cierne sobre ella durante todos los instantes del día; apenas si pierde el tiempo en dormir la siesta... El ayer la ocupa poco: el mañana, menos. Toda ella es presente...»

E. RAMÍREZ ANGEL

EL MOZO



Del folk-lore de Asturias

Por Constantino Cabal

HASTA hace pocos años todavía, no bastaba tener los diez y seis en los lugares de Ponga para titularse «mozo», y era posible tenerlos, y tener los diez y siete, y tener más, y no poder hablar con las rapazas ni alternar con los mayores... En cambio, a los catorce y a los quince ya abundaban los «mozos de verdad», a quienes se dejaba gallear en los cortejos nocturnos y tratar a los «grandes» tú por tú...

Y es que esta mocedad formaba gremios, en los que figuraba como jefe el mozo de más agallas, demostradas con el palo en las «engarriellas» de costumbre. Y el chico que en edad determinada quería el título

de «mozo», necesitaba aproximarse al gremio, pedir el ingreso en él, y pagar una cántara de vino (1). Con esto ya quedaba autorizado para seguir a las mozas y salir a otros pueblos de excursión a la rapiña de leche.

Estas asociaciones son corrientes entre los montañeses de León, y este de robar la leche también es uso que se encuentra en ellos. En Asturias aparece lo mismo hacia la parte occidental que hacia la parte oriental. Donde no existen «olleras» suelen poner la leche a la ventana, y los mozos se llevan los cacharros. Si la ven-

(1) D. Alberto Fernández y Fernández, 77 años. Sames.

tana es de rejas, quitan a los cacharros las «espichas», ajustan una paja al agujero, y se atracan de leche hasta cansarse...

Estos cacharros son ollas, y por el agujero que les abren, y que cierran con estopa, con un «tornín», con un corcho... sacan a la mañana la «debura», que este es el nombre del suero. El del «tornín» es «pixuellu» en las aldeas de Oriente:

—Por la mañana, papes:
al medio día, farrapes,
y a la noche, farifies:
la leche por el pixuellu,
y atrácate, pelleyu...!

En algunos lugares hay «olleras», que son como arquetones de ladrillos adosados a una muria, u oquedades cavadas en ribazos con una puertecilla por delante. A veces la puertecilla tiene unas bandas de hierro. Por la parte más alta de la ollera entra el agua de un arroyo, y sale por la más baja. Y las ollas se meten en el agua en los días de verano, se «piesllan» y se dejan por la noche...

Para robarlas los mozos, basta con que se junten a la tarde y con que el director les diga así:

—Esta noche tenemos que ir a leche...

Van a los pueblos vecinos, mas también con frecuencia van al suyo. Y luego que se la beben, ponen todas las ollas en un prado donde puedan los dueños encontrarlas... (1).

Otra prerrogativa de los mozos que

(1) Marcelino Otero, 65 años. Gúa. Somiedo.

es necesario acatar, es la de apoderarse de las «bollas» en las fiestas memorables. Las casas de la aldea tienen hornos, que se ven al exterior en forma de garita circular adosada a la pared. En las fiestas memorables, allí se cuecen las bollas, las tortas y los rapones, que si no son lo mismo, se parecen...

Y si en la casa hay moza con galán, éste le advierte a la moza:

—Esta noche vendremos por los bollos, pero dejaremos uno para ti...

Y se meten en la casa ayudados de la moza o contra su voluntad, y se llevan el plato de la fiesta. Cuando no les queda otro remedio, antaño abrían al horno un agujero por la parte de la calle... (1).

He aquí, en los tiempos remotos, una asamblea germánica. Y he aquí que se aproxima un mancebillo llegado a la edad viril, y que aspira por ello a los derechos que en ella le corresponden. Hasta entonces, el germano sólo pertenecía a su familia, y todos sus deberes se encerraban en el marco del hogar. Desde que la asamblea le aceptaba como digno de otro rango, a causa de su edad y de sus bríos, ya no era el padre quien mandaba en él, ya era dueño de sí mismo, ya todos sus deberes se orientaban al provecho de la tribu, y ya era, en fin, un ciudadano más, con todos los derechos inherentes. Cuan-

(1) Casimiro Montoto, 55 años. Terenes. Ribadesella.

do le dispensaban este honor, le entregaban la lanza y el escudo... (1).

Mas los jóvenes se unían: necesitaban escuela en que desarrollar sus aficiones, acostumbrarse a la lucha, aventurarse al peligro... Necesitaban templarse en las expediciones arriscadas, y aprender a vencer y a combatir al lado de los jefes prestigiosos. Y ellos buscaban un jefe; y se lanzaban con él cuando se presentaba la ocasión sobre los pueblos contrarios, en busca de botín y de aventuras... (2).

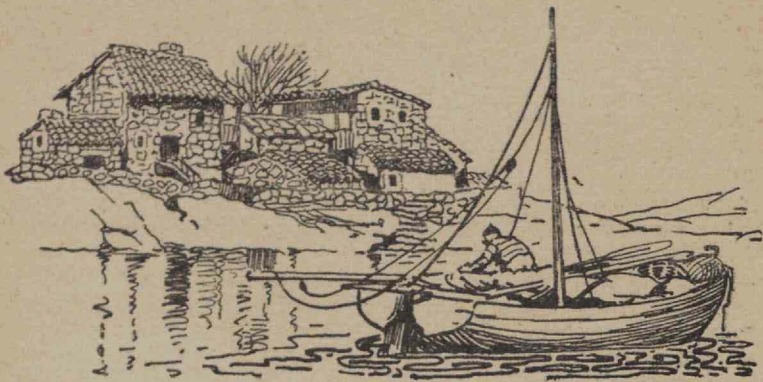
En la Asturias primitiva ésta fué largo tiempo la costumbre. Este gremio de mozos que «hace mozos» es el resto indiscutible de la Asamblea de ayer. Este gremio de mozos que «hace mozos», también les da libertades, también les cambia deberes, y también los reviste de derechos. Desde entonces ya el padre no les pega, ya los considera más, ya los deja marcharse por la noche... Desde entonces, ya pasan por cobardes si no

se coaligan con los otros, o para defender a uno del grupo contra los de otro pueblo que lo ataquen, o para defender su pueblo mismo cuando los de otro pueblo lo desprecian. Las «palizas» son los mozos los únicos que las dan, y también que a las veces las reciben. Y sólo cuando se es mozo se puede llevar palo de costumbre, porque el palo de estos tiempos equivale a la lanza del astur...

Después, el jefe de mozos, el mozo más valiente de la aldea, el que tunde más costillas cuando hay que ventilar una cuestión con los mozos enemigos... Luego, el robo de tortas y de leche, en excursiones nocturnas... Ya no se puede arrebatar ganado, porque es otra la justicia; ya no es posible apoderarse de armas, porque cambiaron de aspecto; ya no es fácil cargar con las cosechas, porque lo pena la ley... Y los jóvenes de ahora, que aún mantienen la costumbre de los expedicionarios primitivos, tienen que limitar sus epopeyas a unos cuartillos de leche y unos pedazos de pan...

(1) Tácito: *Germania*, XIII.

(2) *ib.*, XI.



LA BARCA

(CUESTO VASCO)

Por José Romero Cuesta

ZIRIQUIAÍN el viejo — gran rostro áspero y curtido, acanalado por las hondas arrugas oscuras que le abrieron las furias del viento; cabeza cuadrada por la barba espesa y fosca que relucía húmeda de la brisa del mar — subió ágilmente la empinada cuesta que desde la costa conduce al pardo caserío marinero. Allí las casas eran como montones de grava en los que cien generaciones de gusanos hubiesen abierto agujeros en vez de ventanas y puertas. Pueblo de pescadores, refugio de gentes habituadas a las tempestades, todo era allí, como sus hombres, enérgico, bravo y sobrio. El mar, el gigante, prestaba su carácter a los buenos aldeanos, que sólo mar, aguas verdes veían frente a sus pupilas. Ante las casas todo eran redes que se secaban al aire; redes duras, redes tensas por el agua,

con sus fuertes nudos cruzados por una mano de mujer.

Ziriquiaín entró en la más humilde de las casuchas, en la que más guardada parecía, donde ya le aguardaba la vieja, la compañera de toda su vida la que cosió las velas de su barca y rezó por él en la hora angustiosa de las galernas.

—Mal *negosío*, Toña... Mar revuelto tenemos y ninguna pesca se *hase*...

—¡Cómo ha de ser, si Dios lo quiere, pues...

—Que vivir no podemos...

—Esperaremos *entonces*...

Viejo y vieja se agrupan junto al fuego, donde se rompe en ascuas un haz de ramas secas. Y no se hablan. Tan en silencio están que toda la casa se llena de silbidos del viento y de las roncadas agitaciones del oleaje próximo. Pero ellos no quieren hablarse

porque tienen miedo a sus palabras. ¿Y qué más pueden temer de sus palabras que de sus pensamientos?

El primero en hablar es Ziriquiain:

—Hoy llámome otra vez Basín, el de Rentería...

—Y tú...

—Sí... Díjome de la barca... Que él la quiere, pues.

—Y tú...

—Si de venderla hemos, mejor él que otro pagaríanosla...

—Sí... Pero es que la barca es la vida nuestra...

La vieja Toña—pobre mujer *sensilla*—no sabe de nada más que de ternuras y de afecciones; toda ella está llena de emociones sentimentales, porque es mujer, porque es vieja y porque es buena. Además no vio nunca otra cosa que su pueblo, su hogar y su barca.

—Y qué comer no tenemos... Es mejor tratar con Basín... Es amigo y y *conose* nuestra *situación*... La barca... es la barca, la hija... Que otro hijo Dios no nos mandó, pues... Pero... qué comer no tenemos y pescar no pescamos... *Sincuenta* duros díjome que daría...

Ahora Toña está llorando. Y sobre sus ropillas negras ha caído un grueso lagrimón... ¡La barcal...

* * *

Sigue lloviendo sobre la aldea mísera. Las barcas, amarradas a tierra, parecen querer escapar mar adentro, en busca de aguas más en calma.

Bajo los cielos turbios, aplomados, amenazadores, Ziriquiain regresa al

hogar. Va más viejo, más hundido que nunca bajo el peso de una honda pesadumbre. La cabeza caída, como clavada sobre el pecho, vacilante su paño de ritmos marineros, y la mano escondida en las profundidades del bolsillo de su chaqueta, donde tintinean las cincuenta monedas de plata; igual que sonarían—piensa Ziriquiain—en las manos de Judas las treinta monedas por las que vendió a Cristo... ¡La barcal... ¡La barcal...

* * *

¡Buena mar tenemos! ¡Buena mar!...

Chicorí, Gaiztarro, Juanberigoitia y Juanjo cargan las redes en sus barcas, cuando aún no se adivina el sol en el horizonte. El pueblo, en ese agrisado livor del amanecer, tiene ahora un aspecto bullicioso de romería, porque los hombres contentos charlan y ríen, y porque las mujeres, con los pies descalzos, corren sobre la fina arena de la playa cargadas de cestas y de redes.

La «Mari-Jochepa», la «Luchi», la «Carmenhu» aprestan valientes y gallardas sus proas frente al mar... Pero la «Carmenhu» lleva un nuevo patrón. Ya no la gobierna el viejo Ziriquiain que la vendió en cincuenta monedas. El nuevo patrón de la «Carmenhu» es Basín el de Rentería.

Van partiendo las barcas... La «Carmenhu» es la última que iza su vela.

Y las mujeres, como ya se van los pescadores, retornan a encerrarse en las casuchas, a esperar el regreso en

el que las traerán pescados para vender en la ciudad cercana.

En lo alto del poblado, Ziriquiáin y Toña contemplan cómo se alejan las barcas.

conserva, pues, todavía... ¡Y nosotros... ¡qué viejos!...

Como una pequeña nave almirante, de una escuadra inverosímil, la «Carmen-chu» boga mar adentro, veloz.



—¡Nuestra hija... Nuestra Carmen-chu,—solloza Toña.

—La barca...! Mirala... La más ligera que es y la más hermosa!... Mucho trabajado que tiene y joven que se

—¡Mi barca! ¡Nuestra barca! ¡Hija!... Y un golpe de viento, sacudió la vela blanca, que palpó un instante, como palpita un corazón...

JOSÉ ROMERO CUESTA

LA MILLONARIA

NOVELA ORIGINAL DE

S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONTINUACIÓN)

Su padre, bastante viejo ya, se empeñaba en ayudar a la sofocación del incendio. Una viga, una enorme viga, partida en dos por las llamas, se rindió, cayendo con estrépito, y dando un fuerte golpe con uno de los extremos a don Segundo, que rodó por tierra. Fué allí adentro, en la cocina de verano. El lo vió desde lo alto del tejado. Al principio no sospechó que fuera su padre. Dióse cuenta del peligro que corría allí, tan cerca de la leña, tan cerca de la despena en llamas, y saltando por encima de la misma hoguera, llegó hasta él. Tenía una herida en la cabeza que sangraba, y le ató un pañuelo a modo de venda. No era cosa al parecer de gran importancia. Luego, cuando lo cogió en brazos, se percató del peligro, del horrible peligro. Tenía cerrado el paso. Ardía la puerta de la cocinilla, ardía allí junto un montón de tablas, de leños, de esteras que manos ignorantes arrojaban del doblado, del interior de la casa y que en lugar de apagar el fuego lo que hicieron fué trasladarlo al lugar entonces de más exposición. Era horrible, horrible y fatal aquello. Cerca de sus manos encontró un baño, un gran baño de zinc lleno de agua. En un segundo, como iluminado, se mojó él, empapó también los vestidos de su padre, y con éste en brazos, cerrando los ojos, se lanzó por la puerta de la cocinilla y cruzó pisando llamas, ahogado por el humo, aquella

parte de corral, hasta ganar la casa y salir a la calle...

La gente no hablaba de otra cosa.

—¡Qué noble y qué valiente el señorito Manuel!

Algunos apuntaron por lo bajo.

—¡Un tonto, un tonto es lo que ha sidol ¡Enseguida hace otro tanto el tío ese por el hijol...

Fuése retirando el público, haciendo comentarios. Se atendió con cuidado a la familia del médico. Este lloraba, ¡como no había llorado nunca! abrazado a Manuel, a quien también abrazaron conmovidos su madrastra y sus hermanos.

En mitad de la calle, la tía *Carretera* seguía dando gritos desahogados.

De la casa destrozada del médico, se levantaban al cielo columnas de humo, tranquilas y apacibles, como de lumbre de hogar.

Manuel, con fiebre de la horrosa emoción sufrida, se acostó ya muy tarde, curadas las quemaduras de poca importancia. Y, en delirios, sintió que bajaba del cielo su madre, «¡tan desgraciada!», y como cuando era pequeño, le besaba con besos divinos en la boca, en la frente, en el pecho, en las manos vendadas...

VIII

CON la preciosa estilográfica en mano, aquella estilográfica pequeña, confiada en un tiempo a todas las bellas confidencias, y hoy paralizada casi, como si aquellas dimi-

nutas abrazaderas de oro que la adornaban fuesen a un tiempo misteriosa cerradura que, cerrándola, la imposibilitasen para escribir, Magdalena se sentía muy nerviosa, muy turbada. La cartulina azul, tan perfumada, tan elegante, parecía burlarse con un dejo mundano de sus dudas verdaderamente incomprensibles.

Pero, señor, y ¿qué tenía de particular aquello? Nada, nada absolutamente. Procuró convencerse a sí misma. Se rió de su propia turbación, con una leve sonrisa de íntima superioridad.

¡Bah, esta vida de pueblo que la había principiado a infundir su cordedad, su amaneramiento, su espíritu apocadol Claro, que sin más trato que el de la tía Nemesia y su marido, sin más conversación que la de aquellas ingenuas señoritas, que se sonrojaban ante la más mínima causa, señoritas que algunas de ellas no habían salido de aquel rincón de su pueblo, para las que el tren era sólo un misterio sospechado y ciertas modas un motivo de escándalo horroroso... No pudo contener la risa con estos pensamientos.

Y otra vez se puso seria, recriminándose ahora sus juicios imbuídos de ligereza y menosprecio. Vinieron a su memoria las pruebas de afecto, tan efusivas, tan espontáneas, tan generosas, que le habían dado en su corta permanencia en Orellana, tanto la mujer del tío Tomás Rubio como éste; las atenciones verdaderamente maternas de doña Antolina, de doña Amparo, de doña Matilde, de doña Julia, de doña Josefa...; el respetuoso afecto de aquellas muchachas dulces y cariñosas: Mercedes, Pepita, Consuelo, Ascensión, Carmen, Juanita...; el acogimiento expresivo de todo el pueblo, que la quería de un modo noble y cordialísimo, y sintió un interior remordimiento, y vióse más pequeña que ellas, y despreciable

ahora por su presunción y orgullo. La llamaban *La Millonaria* porque habían visto su esplendidez, su liberalidad... ¡Ah, cómo la llamarían si supiesen lo otro, la pública deshonra ante la sociedad que frecuentaban...

Un latigazo de vergüenza, de sonrojo agudo y punzante, la hirió en el rostro y trajo lágrimas de amargura a sus ojos, que no se cansaban de llorar...

Rosario entró calladamente en la habitación.

—¡Esta niña, esta niña!... ¿Qué te pasa ahora, criatura?

—Nada, Rosario, nada. ¡Mis pensamientos que no me dejan vivir! ¿Para qué quiero yo más tormentos y más angustias que mi memoria?... Déjame, Rosario, déjame; necesito desahogarme, tengo que llorar mucho, mucho, todavía...

Vamos, vamos; menos lágrimas y más conocimiento, niña. Vente un rato al huerto y te distraes. ¡Si los llantos remediasen el pasadol...

Rosario quería a Magdalena como hubiera querido a una hija si alguna vez la hubiese tenido. La empezó a tratar tan pequeñita, tan pequeñita... La enseñó a andar, la enseñó a hablar y a rezar en compañía de su madre. ¡Su madre! El recuerdo de la señora, tan guapa, tan buena, llenó de tristeza a la antigua sirvienta, que miraba las desgracias de aquella familia como si la afectasen muy de cerca; como si a ella le unieran lazos de sangre y no sólo de sumisión, de gratitud y de cariño...

Y velados los ojos, en silencio, se acercó a la silla donde estaba sentada Magdalena; como cuando de niña la llevaba al colegio, la apartó el pañuelo de la cara, la acarició, alisando los cabellos negrísimos, y como una madre, como una madre, la besó en la frente con besos apretados llenos de alma y de corazón.

—Anda, niña...

Y como la emoción le subía a la garganta y ya no la dejaba hablar, salió de allí sujetando con el pañuelo las lágrimas que la ahogaban.

Magdalena, con el sedante de los efusivos consuelos de la buenisima señora, quedóse más tranquila. Reprendióse su falta de resignación, su persistencia en buscar motivos de nuevo sufrimiento, y queriendo llevar una muestra de serenidad a su rostro, miróse al espejo.

Los labios dibujaron una sonrisa llena de suave melancolía.

—¡Vaya, voy a escribir, a escribir! —Se ordenó a sí misma, con autoridad de maestra. Y añadió:—¡Soy más chiquilla!

Y con una letra de perfiles finísimos y rectos escribió al fin el encabezamiento de la carta.

Sr. D. Manuel Ramírez Collado.

Presente.

Miró con orgullo los caracteres aquellos, tan iguales, tan alineados, que parecían de letra de imprenta. Está bien—se dijo—. Ahora... De nuevo quedóse indecisa ante el tratamiento a emplear. ¿Amigo? Su trato habíase reducido a unos saludos a distancia—en los pueblos todo el mundo se saluda, y más en el campo—y a una ligerísima presentación, en la que ni siquiera se dieron la mano. Muy poco en realidad. ¡Pero como indica también muy poco ese nombre de «amigo» hoy día!... ¡Sí, eso era lo mejor: le pondría un adjetivo delante: ¿«respetado», «distinguido»? Cada vez más nerviosa, con esas puerilidades, a fuerza de cavilaciones, Magdalena rompió la cartulina en pedazos muy pequeños, cerró la estilográfica y se levantó de la silla. ¡Verdaderamente tenía unas ocurrencias! ¿A qué esa carta? Un simple recado era bastan-

te. Y se fué al huerto en busca de Rosario.

—Anda, haz el favor de ir a ver a don Manuel Ramírez, que está en casa del boticario, por lo visto, y le preguntas de mi parte que cómo está de las quemaduras, y que si necesita algo de mi casa, que manden con absoluta libertad. Que lamento mucho la desgracia.

—¿Pero se lo pregunto a don Manuel, o a su padre?

—A su padre, mujer, a su padre. No sé dónde tengo la cabeza. Pero don Manuel, según dicen, se quemó en las manos... Preguntas también por él.

Luego, después de cumplido eso que ella consideraba un deber y una cortesía obligada, se quedó pensativa. Sentía una compasión muy grande por aquel hombre tan desgraciado... y tan noble y tan generoso también. ¡Porque, cuidado, lo que hizo por salvar a su padre! El pueblo, todo el pueblo que sabía los antecedentes de la familia, hizo elogios sin cuento por aquella acción que consideraban meritisima. ¡Así, así es como se pagan las miserias y las bajezas en la vida! De seguro que don Segundo habría sentido un águado remordimiento ante su salvador.

Y Magdalena, exaltaba en su interior aquella nobleza de Manuel, y lo veía sublimizado, encumbrado por encima de todo el pueblo, como un héroe pacífico de una dulce caridad. Cuando, pasados unos días le encontró yendo de paseo, y él se aproximó para darla personalmente las gracias por el generoso ofrecimiento y participación en la desgracia de la familia, un suave estremecimiento palpitó en sus adentros, llenándola de una extraña emoción. ¡Qué humilde, qué buena, qué grande debía ser el alma que se asomaba, expresiva en su sencillez, a los claros ojos de aquel hombre! Habló con él un buen rato, y se

sorprendió de su cultura extraordinaria, de su delicadeza exquisita, de su trato afectuoso y atractivo. ¡Y luego, aquel sello de resignación, aquella muestra de interna melancolía, tan cordial, tan serenal...

Sin temor a los prejuicios, hubiérale retenido más tiempo a su lado, para que la siguiera hablando, para que la mirara mucho, mucho, con aquellos ojos garzos de brillar tranquilo, que eran fiel retrato de un alma generosa.

Manojos de alfileres
son tus pestañas;
cada vez que me miras
me las enclavas.
No me da dolor,
porque me las clavas
en el corazón.

¡Tenía gracia el cantar de María Petra! ¡Y oportunidad!

IX

PERO no has visto al señorito Manuel, Vicenta?

—Está desconocío, Cayetana. Desconocío.

—Desde que pasó lo del fuego en su casa.

—¿Lo del fuego? ¡Y algo más! dicen que anda alreó de *La Millonaria*. Pue ser que no sea sólo lo del fuego.

—¡Ah! ¡No lo sabial! Pero mira que con el padre se portó bien!

—Como que tengo entendío que don Segundo ha faratao esa judiá de testamento.

—¿Sí?

—Sí. Eso dicen. Que ya herea igual que sus hermanos.

—Me alegre. Bien sabe Dios que me alegre. Yo viví cerca de su casa un poco de tiempo. ¡Cuidao que era buena persona su madre!

—Un peazo de pan, la pobrecita.

Manuel había pasado la calle abajo. Tenian razón las vecinas. Estaba realmente desconocido. El traje más nuevo y mejor: planchado, las botas más limpias, el sombrero más airoso, un magnífico abrigo, sortijas en los dedos, un puro en la boca... Lo que se dice otro hombre.

Y no era debido el cambio sólo a sus mejores relaciones con la familia, no. Las vecinas habían acertado en sus pensamientos... Aquella mujer le traía fuera de sus casillas. ¡Con decir que hasta había echado a un lado los paseos solitarios y las novelas, y que en cambio se había aplicado con todo ahinco a terminar la carrera, suspendida hacía ya cinco años! ¡Otro hombre! *La Millonaria* le había vuelto otro hombre, más alegre, más expansivo, más lleno de esperanzas...

¡Y le parecía, poco antes, que la vida no merecía la pena de vivirse! Hasta el pueblo, hasta aquellas casas achatadas, feas, pegadas unas a otras, sin orden ni simetría, en las calles sucias, por donde andaban los cerdos y las gallinas como por un inmenso corral; todo aquello que antes le hería en su delicadeza, le resultaba ahora ingenuo, sencillo, lleno de una encantadora poesía.

Solamente en una ocasión tornaba a sus pesimismos antiguos, a sus tristezas de antes, a sus mudos soliloquios desgarradores. Le correspondía *La Millonaria*? Su pasión fuerte, avasalladora, henchida de dorados ensueños y de momentáneas quimeras, ardiente de ilusión, ¿sería comprendida, reconocida al menos de Magdalena? Algunas veces pensó que sí, que ella conocía su amor, que se había dado cuenta de él en toda su intensidad, y... que le correspondía, sí, que le correspondía. Se lo había manifestado con sus dulces sonrisas, con sus atenciones extremadas, con sus ojos que le miraban fijos, fijos, escrutadores, interrogantes, sumisos y llama-

tivos, francos, halagadores, como im-
plorantes de cariño...

Pero, ¿y si todo aquello eran fanta-
sías? ¿Y si eran infundados optimis-
mos de él que ni siquiera se había
parado a pensar en que aquella mu-
jer estaba muy por encima de su ni-
vel social, de su esfera y de sus cos-
tumbres? La llamaban en el pueblo
La Millonaria. ¿Y si de verdad lo era,
con qué derecho él, un estudiante fra-
casado, se atrevería a solicitar su
mano, sus millones, qué diría la gen-
te de Orellana, y acaso también ella
misma? Mas no, ella no. ¿Acaso no
tenía pruebas suficientes de su des-
prendimiento, de la poca importancia
que daba al dinero, y hasta, por una
conversación mantenida con él, de la
poquísima estimación que le merecía
el capital de los ricos, tan liviano, tan
inconstante por un lado y por otro
tan perjudicial y mezquino, cuando
no se le da un justo empleo, dignifi-
cándolo y engrandeciéndolo para el
espíritu?

Iba andando por entre las paredes
de los cercados que rodean el pueblo,
y daba ya vista al campo abierto, lle-
no de peñascales y de olorosos tomi-
llos. ¿Habría ido aquella tarde Mag-
dalena de paseo con Rosario?

El cielo sin una nube, el sol res-
plandeciente, cegador, descendiendo
majestuosamente por la comba diáfana de
los cielos purísimos, le decían que sí,
que allí estaba.

El, como otras muchas tardes, pa-
saría junto a ella, y cruzarían un sa-
ludo, lleno acaso de vulgaridad pue-
blerina.

- ¿De paseo?
- Sí, de paseo.
- Hace buena tarde.
- Magnífica.
- Queden con Dios.
- Vaya usted con Dios, Manuel.

Palabras parecidas siempre, como
de compromiso. Pero la veía, la veía
sonriente, bellísima, y le miraba ella,

poniendo en el mirar un encanto su-
premo que le acariciaba el alma como
entre plumas, como entre mimos, co-
mo entre besos...

Abstraído con estos pensamientos,
dió un tropezón, que por poco no se
queda media suela detrás de un gui-
jarro del camino, dificultoso y move-
dizo.

—¡Je, je!... Este suelo no es como
pa los paseos con botas embetunás...
¡Por poco no da usted de cabeza, señori-
to Manuel!

—Pero muy poco que ha faltado!
¿Qué, con las cabras?

—Con las cabras ando por entre
estos andurriales. Hay poca comía
hogaño. Como no ha llovió bien...
¿Me da usted lumbre?

El zagalón, con la cara y las manos
del color de la tierra, puestos unos
pantalones de pana de cordoncillo
basto, muy remendados, una blusa de
color pizarroso y un sombrero que
fué blanco, metido hasta las orejas,
se aproximaba al camino dando tran-
cadas con aquellos enormes zapato-
nes entachuelados que, como herra-
duras, hacían rechinar las piedras a
su paso.

—Pero ¿qué vas a encender?

—Lo que hay, señorito Manuel. Es-
te cacho e colilla...

—Tírala, hombre, tírala... y toma
un cigarro, que era lo que tú venías
buscando.

—Si usted se empeña...

Manuel metióse la mano en el bol-
sillo, y... El amor hace rumbosos los
corazones.

—Anda, guárdate el paquete. Te lo
fumás a mi salud—le dijo al cabrero.

Con los ojos despatarrados, el mu-
chacho no acertaba a dar las gracias.
Mascullando unas frases de agrade-
cimiento que le salían de muy dentro,
se guardó el preciado regalo después
de estrujarlo entre las manos a modo
de caricia. Y añadió con una gran in-

tuición y como para corresponder al obsequio:

—La señá *Millonaria* ha pasao por aquí jace un rato. De ese cerro pa llá me parece que se ha sentao.

Atorrullado se quedó Manuel con aquella salida. Apuntó como una excusa.

—No, si yo no busco a nadie.

—Je, je... Como le veo pasá detrás de ellas toas las tardes...

¡Caramba con el pastorcito! Limitóse el enamorado a sonreír complacido interiormente de aquella suposición tan certera, y siguió camino adelante, haciéndose el distraído a todo. Pero con paso más acelerado cada vez, hasta ganar el cerro. Acordándose de la cara de pascua del zagal ante el paquete de pitillos, Manuel pensó cuán poca cosa necesitan los pobres para su satisfacción y contento. Unos céntimos, unos miserables céntimos de valor, habían logrado emocionarle de complacencia al muchacho que guardaba las cabras. Con estas generosas ideas en el cerebro iba entretenido, cuando llegó a donde se encontraban Magdalena y Rosario.

Y ahora sí que el tropezón fué bueno... Se le cayó el bastón, se le cayó el sombrero. ¡Cristo, cómo no se rompería la cabeza entre las peñas! ¿Pero en qué diablos iba pensando?

Magdalena no pudo reprimir una franca risotada, que le salió del pecho como un pájaro loco. Rosario apretaba los dientes contra el pañuelo, con verdadera saña.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Manuel.

—¡Estos caminos!...—apenas se atrevió a decir el hombre, a modo de explicación a su mal paso.

Y se alejó, dando manotazos al sombrero, y abochornado como un chiquillo acabado de coger en el garlito.

X

IBA todos los días a misa, para verla arrodillada junto al altar de la Virgen. Y contemplándola, tan dulce, tan piadosa, Magdalena pareciale una imagen más de la sencilla iglesia. ¿Qué pensaría en la pronunciación queda de sus humildes plegarias? ¿Qué pediría al cielo con aquellas miradas profundas, ardientes, de un fuego mansamente abrasador, extáticas, de un éxtasis sobrehumano, puras, grandiosas, como si en sí dijeran secretos del encendido corazón, sublimizado y heroico? ¿Qué misteriosas revelaciones, qué soberanos delirios, qué recónditas y fervorosas impetraciones salían de aquellos ojos, fijos, fijos como si estuvieran clavados, engarzados en los lirios maravillosos de las grandes ojerás, tras de las hebras de raso de las pestañas que parecían rejas diminutas que sujetasen, presas de una eterna prisión, a las negras pupilas quietas, quietas, irradiando una divina luz sobre el adorable marfil de la frente, y en el encarnado clavel de los entreabiertos labios implorantes?

Manuel, cuando miraba así a la mujer de su corazón, sentía impulsos de arrodillarse ante ella, de rezarla como a la Virgen, de contemplarla así, siempre así, en una constante y muda contemplación de sus sentidos atónitos, de su espíritu hecho luz, que se fundiera con aquella otra luz que le encendía, y le iluminaba, y le deslumbraba con un halagador deslumbramiento, embriagador y glorioso.

Después de la misa, veíala entre el encaje del velo ir hacia su casa. Desde el umbral creía él siempre que le saludaba con el saludo incomparable de su apenas perceptible sonrisa, en la que parecía agradecerle aquel lejano y respetuoso cortejo.

Algunas veces no lograba verla ya

más en todo el día, y se conformaba con pasar delante de su casa, mirando de reojo entre los visillos, cual si temiera ser sorprendido en la amante inspección, y con un anhelo indismulable de contemplar a la amada, entretenida en las tareas inacabables del bastidor, haciendo brotar de sus dedos primorosas labores, o con un libro en las manos, soñando acaso las mismas páginas que leía.

Aquella mañana, Manuel había ido a la iglesia, y no encontró allí a Magdalena como de costumbre. Muy triste salió del templo, con un agudo presentimiento en su interior. ¿Estaría enferma? ¿Quizá molesta de aquel perseguimiento de su mirada en todas partes, para desengañarle, para darle una prueba de su desdén, no habría querido salir de casa? Se arrepintió en lo más hondo de aquella tenaz persistencia que le dominaba, haciendo objeto por su parte de un constante asaeteamiento a aquella mujer.

¿Por qué aquel asedio verdaderamente molesto para ella, si, como no podía por menos, lo había notado?

El amor había puesto una venda en sus ojos para no ver aquella indecidez franca y manifiesta. Sí, evidentemente eso era: una silenciosa repulsa, una contestación indirecta a su cortejamiento descarado, con apariencias de infantil disimulo.

Pensando estas cosas y reprendiéndose sus impetuosidades desacostumbradas, iba Manuel caminando hacia su casa, cuando se cruzó con el tío Tomás Rubio, siempre tan campechano y tan cordial, que le saludó con una palmada fuerte en la espalda.

—¡Paece que se madrugó!

—¡Hola, tío Tomás. Sí, hoy me he levantado temprano.

—¿Hoy? Je, je... Yo te he visto ya unos pocos de días cruzá pa la iglesia a estas horas... Hoy sí que poías haberte estao en la cama, mu agustol

Y se echó a reir, con una risa des-

concertante, llena de ironía cruel o de franqueza, que le desbordaba. Añadió:

—Anda, saca un cigarro de eso enliao, que será mejó que lo de mi petaca; yo te lo pagaré con una güena noticia.

El ganadero reía ahora misterioso y confidente, con una risa que contagió de jovialidad a Manuel.

—¿Una noticia?

—Sí, hombre, una noticia. ¿Tú quieres sabé aónde está *La Millonaria*? No trates de engañarme, que no te lo digo, y vas a perdé tú más.

—Hombre, tío Tomás... ¡no me tome usted el pelo!

—¿El pelo? Allí va Simeón, que es el encargao de esas cosas. Vaya, me guardaré mi noticia, ya que no la quieres.

Y se alejó entre bocanadas de humo, sonriendo malicioso e intencionado. Manuel se tranquilizó con aquellas risas. Poco malo le debía ocurrir a Magdalena, cuando el tío Tomás Rubio estaba de tan buen humor.

Como en su conversación con el pastor aquella tarde de los tropezones, se sintió íntimamente halagado. Así, aludiendo a ella, hablando de *La Millonaria*, le parecía que la tenía más cerca, que aquel amor del que todos se estaban ya dando cuenta, se hacía más serio y más firme.

Entró en casa y se puso a estudiar con el mismo ahínco y entusiasmo que si estuviera en vísperas de los exámenes. Había que hacer un esfuerzo, y en el próximo Junio, o a más tardar, en Septiembre, terminaría la carrera.

—¿No te desayunas, Manolo?

La voz de su madrastra le distrajo de los libros.

—Sí, ahora voy. ¿Se ha levantado ya mi padre?

—No; está la mañana algo fresca y no ha querido levantarse aún.

Mientras tomaba el chocolate, re-

cordaba las palabras del tío Tomás: «¿Quieres saber dónde está *La Millonaria*?» Bah, serían bromas. ¿Dónde iba a estar sino en su casa? La verdad es que también entre bromas pudo él preguntárselo... ¿Se habría marchado del pueblo? Pero, no; eso de ninguna manera. ¿Por que se iba a marchar del pueblo? El mismo se rió de la ocurrencia. Su amor le hacía ir muy lejos en las figuraciones de la fantasía. El mismo deseo grande, ilimitado, inmenso, de conseguirla para su vida, le hacía desconfiado para perderla, como si aquella mujer fuese una nube vaporosa, un sueño, un tesoro ideal. Pero sólo aquel pensamiento le puso nervioso, impaciente. Oyó la voz de María Petra y se asomó a la puerta. ¡Si fuera ella también!

—Adiós, señorito Manuel.

—Adiós, María Petra. ¿Qué, vas de campo?

—Sí, señor; al Retamal voy, que está allí mi señorita—. Dijo esto último la muchacha con un gracioso mohín, y se alejó canturreando, montada en un asno, encima de unas enormes aguaderas llenas de cántaros y cestos:

No te pongas delante
de mí en la iglesia,
que el confesor me dobla
la penitencia.
Pero... no *ostante*,
cuando vayas a misa,
ponte delante...

El sol, todo el claro sol de aquella mañana, y el azul diáfano de los cie-

los gloriosos, entróse a Manuel como una ráfaga salvadora, alma adentro. Y sin acordarse más de sus anteriores preocupaciones, ni de los libros de texto, ni del final de la carrera, ni del chocolate a medio tomar, a escape fué al estanco a comprar pólvora y perdigones, para cargar unos cartuchos. Comió antes de medio día, y enseguida emprendió el camino del Retamal, en compañía del tío Tomás Rubio, que no le perdonaba aquella falta de confianza de no enterarle de sus secretos amorosos.

—¡Si tenías que venir a mí! ¡Bien sabía yo que tenías que venir a buscarme! ¡El de la misa! ¿Y ahora al Retamal, a qué vas, a confesarte?

Manuel, como si quisiera desquitarse de su anterior disimulo, en todo el camino y en cada parte del camino, loco de alegría, pleno de optimismo, emborrachado de la felicidad presentida, fué hablando de su amor y de su amada al tío Tomás Rubio.

Necesitaba desahogarse, decir a alguien todo lo que sentía, y allí, a pleno campo, desgranaba, como una corona de rosas, el caudal riquísimo de sus fiebres ardientes de loco enamorado.

Cuando llegaron a la dehesa, el tío Tomás, roncando como un bendito, encima de su cabalgadura, asentía, dando grandes cabezadas, a la lírica perorata.

(Continuará)

CRONICA

CASTILLA

Por tierras charras

SALAMANCA, con el mismo sagrado respeto que ha conservado sus artísticos Palacios de Monterrey, de S. Boal, de la Conquista; la Casa de las Conchas y la del Aguila o de la Cadena; su Torre del Gallo... y tantas otras grandezas arquitectónicas como atesora en su recinto, ha sabido conservar también sus dehesas y alquerías, sus antiguas tradiciones y sus típicos trajes charros y serranos.

Yo he visitado estos paisajes de la tierra charra, no en la época de las flores cuando los frondosos árboles se retratan en las aguas cristalinas de sus ríos, sino en los días de nieves. Y su vista ha dejado en mi espíritu una impresión de grandeza y sublime poesía. Fué en Navidades. El sol, un sol grandioso, se levantaba perezosamente en la llanura: el tren, con la confianza de quien no tiene que salvar obstáculos, va en su vertiginosa carrera dejando atrás copudos árboles cubiertos de escarcha; riachuelos y arroyos cristalizados; pueblecitos que despiertan entre la helada y exhalan vital aliento por sus chimeneas: robles y encinas bailando al corro para desentumecer sus miem-

bros después del frío de la noche, o como saludo al astro rey. Una casilla, otra, y en la siguiente una joven arrebujada en su mantón, pone una banderita a nuestro paso, y seguimos sin detenernos: una mastín que vela el reposo del ganado, espera que pase la máquina para tirarse sobre el convoy, y sigue jadeante unos momentos a nuestro lado; después ladra de coraje y como amenazándonos para la vuelta. Grajos y urracas levantan el vuelo y se alejan de la vía.

Un resoplido de la máquina, y el tren que para en El Collado. Un minuto, un respiro del monstruo, y otra vez en marcha a Ciudad Rodrigo, a Lisboa.

Dejémoslo que corra. Esa carretera de al lado nos llevará al Vergel de Castilla, Pedraza del Yeltes, antiguo solar de los Cerralvo y hoy morada de los Fonseca. Ese brioso caballo blanco es para nosotros. Montemos.

¡Qué hermosa perspectiva! ¡Qué diáfano el ambiente, sin una nube en el azul del cielo! Los terrenos, cubiertos de escarcha, se despiertan acariciados por los rayos del sol naciente. A nuestro paso, los toros del cercado levantan la cabeza, maravillados de una aparición tan mañanera. A la vuelta de un recodo se extiende el horizonte. «Vamos a entrar en la de-

hesa»—me dice mi acompañante—. «Allá, entre aquellos árboles, está la casa.»

Aquellos árboles todavía están lejos. Desde aquí se domina casi toda la dehesa: pequeñas colinas separan su límite. Por medio pasa el Yeltes, dejándose ver a intervalos entre la espesura; en sus aguas cabrillean los rayos del sol. Puede regar todo el territorio, y se riega cuando hace falta. Más allá se destaca en el azul del cielo la blanca silueta de Sierra Francia: en el pico más alto está el trono de la Virgen Morenita, que la piedad de los serranos le levantara junto a las nubes hace seis centurias; desde aquel elevado trono vela como Madre cariñosa sobre sus hijos, derramando bendiciones sobre estos campos.

Nos acercamos a la casa, alegre y bulliciosa con el trajín de los criados, el revuelo de las palomas, el paso majestuoso de los pavos reales, el aullar de enormes perrazos que vigilan el ganado, el mujir de las vacas y el alegre retozar de los corderillos por la pradera.

Y a la puerta de la casa, mimando a hermoso pavo real, el «Ama» Rita, la hija mayor de don Mateo Fonseca, la madre solícita y cariñosa de tanto necesitado como se acerca a sus puertas; la que cuida a sus criados con el esmero de una hermana, con el respeto de una hija para los ancianos. Tiene otra hermana, que con ella comparte el cuidado de la casa, el amor a los pobres, el respeto y cariño para con todos. Se llama María Antonia.

Desde la muerte de sus padres, y

aún antes, la dirección de esta hermosa y próspera dehesa la lleva Luís, el hijo varón, heredero de las buenas cualidades de su padre: su amor a trabajo y a los ganados, su cariño para la servidumbre, su piedad y arraigadas creencias cristianas.

Yo conocí en su dehesa, en su Pedraza, a don Mateo, que murió hace un año. Yo guardo de aquel hombre, fuerte como los robles de su dehesa, cariñoso como padre, que gustaba conversar con los jóvenes y observar sus sentires y preocupaciones, tan diferentes de cuando él fuera joven, gratos recuerdos de nuestro veraneo en La Peña de Francia: ¡qué afabilidad para con todos, qué conversaciones más instructivas! Tenía mucha experiencia, tenía mucha virtud. Nunca olvidaré sus sabios consejos.

En esta su Pedraza se le recuerda con amor, se le llora como a padre por toda la servidumbre. Un año ha transcurrido desde su muerte y se extraña su ausencia como el primer día. Imposible olvidar al que tanto amaban. En medio de la Capilla sigue su reclinatorio, y los criados, durante la Misa, creen verlo allí, como siempre, dándoles ejemplo. El patriarcal sillón de la amplia cocina sólo es ocupado por algún eclesiástico amigo, o por su hermano don Domingo, que desde entonces pasa largas temporadas con sus sobrinos.

Yo quisiera haber encontrado en su dehesa a aquel hombre fornido, incansable, laborioso, que al salir el sol ya estaba en el campo inspeccionando los trabajos, aleccionando a los mozos, dando órdenes a todos, y

dándoles, hasta sus últimos años, ejemplo de laboriosidad; que en su vida patriarcal supo olvidarse de políticas y caciquismos, quedando sus aspiraciones satisfechas con ver sanos y alegres a sus hijos, a sus criados contentos, gordos y lozanos sus ganados, sus graneros repletos y su conciencia tranquila con el cumplimiento de sus obligaciones de cristiano.

Porque cristiano lo era a carta cabal. Nunca comió sin bendecir la mesa. Antes de acostarse había de dirigir el rezo del rosario en la cocina, acompañado de toda la servidumbre. También hoy se reza.

Ocupaciones ineludibles me impidieron estar al lado del amigo en su última enfermedad. Tampoco pude acompañarle en su entierro, en aquel entierro «como nunca se ha visto por estos campos». Me lo ha contado el mayoral, Alonso, con voz triste y haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas. Lo quería como a padre. Veintinueve años llevaba a su servicio. El día que «el amo se puso enfermo, él tuvo que marcharse a su casa, enfermo también. Y estuvo en cama más de un mes, y cuando pudo venir medio arrastrando a ver al «amo» que se le moría, no pudo contener las lágrimas y lloró como un niño. Al entierro asistieron unas quinientas personas. En toda la comarca tenía agradecidos. Los gitanos lloraban sin consuelo, y a las puertas de la casa, postrados ante las «amas» o ante el señorito Luís, les pedían que continuasen ellos siendo los «padresitos» de los pobres.

Ni un momento se dejó el rezo del rosario. Aún hoy todas las tardes, por la pesquera que entre filas de copudos árboles trae el agua junto a la casa, van rezando el rosario dos señoritas enlutadas, camino del Cementerio. Son sus hijas. Así lo han hecho todos los días con una constancia edificante.

Me lo dice el Tío Alonso, mientras nos acercamos también al Camposanto que el «amo» arregló en medio de la dehesa.

El sol de ta tarde había derretido la nieve; pero en un rincón del Cementerio persistía pura, inmaculada. «Ahí está, debajo de esa nieve»—dijo el mayoral con acento entrecortado. En el suelo, a la sombra de una tosca cruz de palo, yace el dueño de aquella riqueza. No quiso mausoleos, ni tumba de mármol; y no fué por avaro, sino por piadoso. «Lo que se había de gastar en eso que se dé a los pobres». Todavía la tierra removida está levantada; la nieve semeja blanca colcha de su lecho; no está arrugada; su sueño es tranquilo. Un alma piadosa quiso apartar aquella nieve, y yo me opuse con respeto. Dejad en su tumba ese simbolismo de pureza, como su vida, como su alma; no toquéis a ese blanco lecho donde el «amo» descansa, después de la jornada de esta vida, hasta que amanezca el sol de justicia y dé a su cuerpo el brillo y resplandor merecido por sus buenas obras.

Y salimos del Cementerio. Y al recorrer la dehesa, y ver los ganados, y los trigos que empiezan a romper, y la alfalfa que con tanto esmero cui-

daba para sus ganados, y los tiernos corderillos que buscan los últimos rayos del sol al abrigo de unas retamas, y cruzamos el río que jugueteando recorre la dehesa y que en la primavera debe ser un paraíso con tantos árboles como tiene en sus márgenes, no pudimos quitar del pensamiento la imagen de aquel hombre cariñoso, arrogante y sencillo, cuya alma voló al cielo, y cuyo cuerpo yace bajo sábana de nieve, esperando la resurrección de los justos.

Yo he pasado en este vergel de Castilla momentos de sublime poesía. Yo he visto a los señores tratar a sus criados como hermanos, cuando llegan a la cocina por las noches y dan cuenta al amo de sus labores; y al zagal que dice las ovejas que han parido, los corderos que no maman; y pone junto al fuego aquel corderito que se muere de frío, y tiene que darle el biberón porque lo aborrece la madre. Dos o tres hombres mondan patatas. Fornidas mozas preparan la cena regañando a veces con tío Juan Matías, porque dice que las criadas de ahora gastan mucha agua, y es él el encargado de llenar la tinaja. Este simpático veterano de la guerra de Cuba entretiene muchas veces a los jóvenes contando episodios de allá, y otras cosas que él sabe para hacer reír. Y el zagal que parece un niño y tiene ya diez y ocho años, le mira con ojillos muy pillines como dudando si todo aquello será cierto. Sobre crepitantes trozos de leña está el asador de las castañas. Nadie quiere encargarse de asarlas, y «ama» Rita ha tenido que ordenar lo hagan por tur-

no. Esta noche como otras tampoco se observa:—«Alonso, ¿otra noche asando castañas?»—dice Rita al Mayorcal—. «¿A quién le toca hoy?»—Y sin decir pío, se arranca del fondo de la cocina un mocetón que está en vez aquella noche, se acerca a la lumbre y da vuelta a las castañas, mientras se comenta su salida con risas y alegría.

Y llega la hora de cenar, y antes de la cena, el rosario. Se arriman todos a la lumbre y Luís dirige el rezo como su padre, y los criados se ponen serios, se ponen tristes recordando al «amo», mientras las criadas siguen preparando la cena y rezan. Los perros cruzan sus patas junto al puchero con el cuidado de una persona: no hay miedo de que lo tiren. ¡Qué cuadro más hermoso el del rezo del rosario en una cocina como la de Pedraza, que parece una iglesia de grande, y recoge las oraciones de más de treinta personas! ¡Benditas tradiciones de nuestros mayores! ¡Qué lástima que se vayan perdiendo! ¡Qué lástima que vivan tan poco hombres como don Mateo, que supo arraigar en su dehesa tan santas costumbres y moldear el corazón de estas gentes que con tanto cariño conservan sus enseñanzas!

Por eso, cuando yo le hablaba de renovación social, del peligro del socialismo, de aires comunistas que venían de fuera, don Mateo siempre cariñoso y afable me decía sonriendo: «Vaya usted a mi dehesa». Ya he visto su dehesa, su querida Pedraza, y aunque no he podido verle a él, he visto su obra. Y ahora comprendo su

sonrisa, ahora comprendo que con amos como don Mateo no hay cuestión social, no puede haberla. Imposible la lucha entre amos y criados, cuando los amos son como don Mateo, caritativos y afables con sus criados, cuando los criados permanecen

en casa del amo hasta viejos, hasta que se mueren en la casa que el «Amo» les hizo si no la tenían. ¡Qué hermoso es esto! ¡Qué grande es Castilla!

A. RODRÍGUEZ SERRANO



El monumento a Cervantes

Funcionan ya en toda España las Juntas provinciales encargadas de recaudar fondos con destino al monumento a Cervantes.

Entre las cantidades recibidas últimamente por el Comité central de Madrid, figuran las enviadas por las juntas de Málaga, Burgos y Guipúzcoa, que han contribuído con 5.000 pesetas cada una.

Los Ayuntamientos, por su parte, aun los más modestos, están concurriendo también a lo suscripción, secundando así la iniciativa del alcalde de Madrid.

En cuanto a las repúblicas hermanas, su concurso es brillantísimo, pues continuamente se reciben cantidades de los naturales de cada país y de las colonias españolas residentes en ellos.

Las últimamente recibidas por el

Comité central son de Pinar del Río y Manzanillo.

El Gobierno de Colombia ha votado una ley en virtud de la cual contribuye a la suscripción con la suma de 10.000 pesetas.

La misma ley dispone la creación de juntas en todo el país para que se encarguen de la recaudación de fondos.

Restauración de un monumento

La torre de Espantaperros, de Badajoz, monumento artístico nacional de igual estilo que la Torre del Oro, de Sevilla, única que existe en España, se encontraba hace largos años abandonada y en estado ruinoso, no obstante las campañas hechas por los amantes del histórico baluarte.

El alcalde ha ordenado que la torre sea reparada y que el arquitecto comience las obras.

El Premio Nóbel para Palacio Valdés

El Ateneo y la Asociación de la Prensa de Madrid han solicitado el Premio Nóbel de Literatura para el glorioso novelista español don Armando Palacio Valdés. De desear es que la petición—que hacen suya todos los españoles amantes de la buena literatura—tenga el complemento de la justísima recompensa.

En honor de una poetisa

El Ayuntamiento de Béjar (Jaén) ha acordado tributar un homenaje a la notable poetisa, hija de aquel pueblo, Patrocínio Biedma. Se colocarán lápidas conmemorativas en el Ayuntamiento y en la casa en que nació dicha poetisa. Esta asistirá al homenaje.

Para organizarlo se ha formado una comisión, compuesta por el gobernador, el presidente de la Diputación y otras personalidades.

Brindis en idiomas regionales

Muy recientemente se ha celebrado en Madrid un gran mitin de la Juventud Católica. Complemento del acto fué un banquete en el que la presidencia concedió la palabra al señor Dalmau, y le rogó que hablara en catalán: propuesta que fué acogida con grandes aplausos por los concurrentes; cuando el señor Dalmau saludó en catalán, se escuchó una ovación estruendosa. El señor Dalmau fué constantemente interrumpido con grandes aplausos, y al final de su brindis se dieron vivas entusiastas a Cataluña.

Se levantó después, por Galicia, el señor Martínez Pereiro, que pronunció en gallego un ingenioso brindis; el señor Jiménez, por Valencia, y el señor Aguirre, por los vascos; ambos se expresaron en sus respectivos idiomas regionales. Todos ellos fueron aplaudidísimos.

El señor Moreno Ortega hizo el resumen de los brindis.

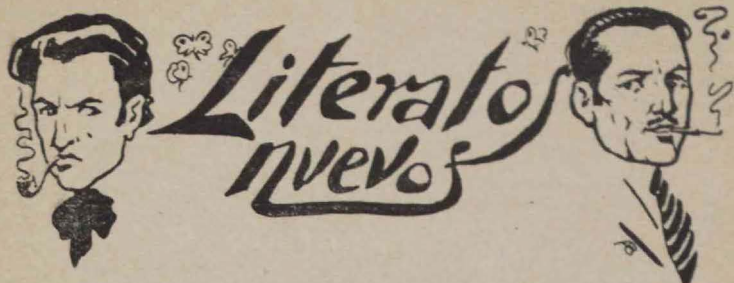
Exposición Mateo Hernández

Ha sido clausurada esta Exposición, organizada por la Sociedad de Amigos del Arte. El mismo día la visitó una comisión de bejaranos, compuesta de los señores Gómez Rodulfo, Zúñiga (don Juan y don Toribio) y Cerrudo, que, en representación del Ayuntamiento de Béjar, de donde es natural el escultor Mateo Hernández, dió las gracias a la Sociedad por haber dado a conocer en España la obra de este ilustre artista, haciendo resaltar la labor cultural que los Amigos del Arte vienen realizando y la generosidad con que han procedido respecto al notable escultor en la organización de la Exposición.

La comisión fué recibida por el secretario general de la Sociedad, señor conde de Casal, y por el señor Blanco Soler, del Comité organizador.

Exposición del antiguo Madrid

Es interesantísima la Exposición del antiguo Madrid, que se ha celebrado en la corte. Las obras son notables y numerosas, llamando justamente la atención de los visitantes las que se referían a asuntos históricos.



En esta sección colaborarán fácilmente los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

SANTA MARÍA LA MAYOR

LA iglesia de Santa María se remonta a la dominación de los árabes, que construyeron su mezquita siendo dueños de Alicante, en el mismo lugar que hoy ocupa aquélla. En el siglo XVI aún existían parte de la puerta de la mezquita, y las pilas donde los moros se purificaban antes de entregarse a sus ceremonias religiosas, en la calle de «La Villa-Vieja».

Don Jaime I el Conquistador decretó la purificación de aquel templo para consagrarlo a la Virgen de la Asunción, Patrona de la Princesa doña Violante, hija suya, y esposa de don Alfonso el Sabio de Castilla, que rendía a este misterio su particular devoción.

Desde aquella fecha la iglesia de Santa María se nombró «La Mayor», constando así en los comentarios de don Jaime sobre la conquista de Aragón en el capítulo ciento catorce, referente a la junta que este Rey cele-

bró en San Nicolás en 1265 y cuyas palabras copio de un autorizado documento:

«Nos estant en Alacant ajuntam nostros fills, so es lo Infant en Pere, lo Infant en Jaume e lo Bisbe de Barcelona e nostros ríes homens en la Iglesia d'Alacant, en la novella de defora, no en La Major.» (1)

Al adquirir esta plaza don Fernando III de Castilla, los cristianos derribaron los antiguos muros de la mezquita, para construir de nuevo, sobre sus cimientos, el templo.

Su exterior en el primer tercio del siglo XIV no ofrecía nada de notable. Consistía su fachada principal en un lienzo de pared, sin más adorno que una pequeña imagen, en piedra, representando la Asunción de la Virgen, en una hornacina abierta sobre la puerta de entrada, y la torre de cinco esquinas que existe actualmente, y mide una altura de veinticinco

(1) Copia exacta de la crónica de Alicante

EL SILENCIO

metros y cincuenta centímetros. En su interior se conserva aún un departamento que servía de cárcel a aquellos que habiendo delinquido se refugiaban en la iglesia para acogerse a la inmunidad que se concedió a este templo, como también a otros varios de España, y que hasta primeros del siglo XIX gozaron.

La portada que después se construyó y que embellece hoy día la fachada, es obra de don Pedro Juan Vidal, a quien se adjudicó la subasta, por la cantidad de diez mil libras, ocho sueldos y seis dineros, tardando muy pocos años en terminarla, y hoy se admira esta obra como a monumento artístico que honra su época.

Estos datos los he adquirido en una antigua crónica y también algunos no menos interesantes referentes a la fundación de Alicante.

Aseguran historiadores y geógrafos que nuestra Ciudad se alzó sobre las ruínas de la antigua Illice, colonia romana, fundada por los griegos en las playas de Alicante, dando nombre al golfo que comienza en el promontorio de San Martín y termina en el cabo de Palos. Esta gloriosa tradición no ha sido jamás desmentida y por falta de espacio en esta revista no me extiendo en otros datos curiosos referentes al «Benacantil», castillo que fué del dominio de los árabes.

PRISCA ESPA

Alicante.

MIRA, Luís, lo que dice este pe-
riódico de la montaña, de
nuestra tierruca.

—A ver, Paco, ¿qué dice?

—Lee y entérate; supongo que no te va a agradar mucho, pues siempre queda algún rescoldo...

Leyó Luís en alta voz:

—«Ha sido pedida la mano de la bella y distinguida señorita Julia Ruiz para el experto y caballeroso viajante de comercio Pedro Pérez, distinguido amigo nuestro. La boda se celebrará en breve.»

—Es verdad—dijo Luís, un tanto pálido—que nunca se extingue del todo el rescoldo del amor. Por algo dicen que el primero es el más verdadero. Yo no pensaba ya en ella, pero esta noticia, sin poder comprender por qué, me ha dejado algo confuso; pero... no merece la pena, no tengo ni que pensar en ello..., pudiera enfriar el amor que siento por mi prometida, por la que ahora quiero...

Le interrumpió Paco:

—Es delicado en este asunto dar mi opinión, pero si me permites, sin incomodarte...

—Sí, hombre, habla; tú eres buen amigo mío, no me incomodaré. Qué más deseo yo que una sincera opinión.

—Sincera será, te lo prometo. Hiciste mal con abandonar a Julia; era muy buena muchacha...

—Y la que ahora quiero ¿no es buena?

—No lo discuto. Tus razones tendrás para quererla y aun para ado-

rarla, pero si no hubieras pensado olvidarte de la otra y si no hubieras buscado ocasión de conocer a ésta...

—Ahí está el dilema. Si yo no hubiera tenido la desgracia, hoy lo llamo suerte, de haber sido destinado a esta capital cuando gané las oposiciones, es casi seguro que no se hubieran enfriado las relaciones entre Julia y yo, pero la ausencia... los prejuicios de familia... en fin... que el amor es un enigma y nadie puede salirse del sendero en que se halla comprendido por la ley natural...

—Ella te correspondía...

—Es cierto; pero siempre hay algo... eso mismo: el pero... «Los cascos se parecen a la olla», me anunció varias veces que decían sus padres para resarle algo de la voluntad que me tenía. De nada tengo que avergonzarme de las obras de mis ascendientes, ni de mí, antes al contrario. Tú ya conoces a aquellos lugareños: hay que ser tonto o rico, y mejor ambas cosas, no admiten términos medios.

—Tú, Luís, ¿estás muy contento con querer a «esta de ahora»? ¿Crees que serás feliz con ella?

—Sí, lo creo, Paco; lo creo y creo también no equivocarme.

—Pues nada, amigo, no te acuerdes más de la noticia.

Luís formó este propósito, mas aquella noche no pudo conciliar el sueño. Venían a su imaginación en tropel los recuerdos del reciente pasado. Salió de la Montaña prometiendo quererla... Le había entregado algunos regalos... Su fotografía... Le había dejado de escribir... Había vuelto a escribirla... Se había decidido

una vez olvidar a la niña «de ahora» para seguir con la montañesa, que se lo suplicaba con lágrimas en los ojos... Y cuando tomó esta decisión estuvo a punto de quedarse sin ninguna: la «de ahora» por desagravio y la montañesa por prejuicios de familia... ¡Malditos prejuicios!... Lo que más se había quedado grabado en su memoria fué aquella frase de última despedida: «Luís, mientras no te cases con otra, confío en ti; yo no me casaré; no te entregaré los regalos que de ti tengo y mucho menos tu fotografía.» Ah, pensaba Luís, no ha cumplido su palabra; la escribiré.

Febrilmente tomó el recado de escribir.

«Julia: Enterado de tu próximo enlace, mándame mi fotografía; no pienso que quieras dar achaques con ella a tu marido.—Luís.»

Pasó el tiempo y no recibió contestación alguna; el silencio por respuesta.

...

Se acercaba la hora de la salida del tren. Empezaba la noche a tender su manto negro, precursor de la noche, sobre la costa santanderina. La estación del «Ferrocarril de la costa» se hallaba muy concurrida, como es corriente en días de Santiago al regreso de los «montañesucos» a sus respectivos pueblos, cercanos a la capital. Luís y su niña «de ahora» se arrebujaban en lo interior de un vagón de segunda como esquivando el maleficio de alguna sorpresa.

—¡Pero, Luís! ¿Qué haces aquí? ¿Qué es de tu vida?

Luis se quedó perplejo ante aquella aparición; no sabía qué contestar; había, forzosamente, que inventar algo. Ya sabemos lo que son las mujeres: no admiten ni por cortesía el cantar ese que dice:

«Desde que te vi, te amé;
dispensa si ha sido tarde...»

—Ya puede usted ver—dijo seca-
mente.

—¿Cómo usted? ¿Es que no me co-
noces?

—No tengo ese honor.

—No seas así; tú eres Luis Ruano
y yo soy Julia Ruiz; nos conocemos.

—Bien, si usted lo dice...

—Ya estoy casada... tú también,
¿verdad?

—Sí... y felizmente...

—Yo...

El tren partió veloz. Las últimas palabras de Julia no pudieron ser comprendidas por Luis; se perdieron en el vacío; quedáronse en el silencio... Y este silencio, por paradoja, resonaba intermitentemente en los oídos de Luis como algo indescifrabable, enigmático, que le hacía caer en el insomnio...

ANTONIO BASANTA SANTA CRUZ
Ceuta, II-27.

ESPERAR ES MEJOR

No he logrado encontrarte
Y ya temo perderte...
¡Quién pudiera buscarte
Sin jamás conocerte,
Para nunca olvidarte
Y esperarte en la muerte...!

MIGUEL HERVELLA URDÁNIZ
Africa, 1927.

HORAS TRISTES

Mi musa está dormida.
Dejadla que descance
mientras de su letargo
despierta mi conciencia.

El reloj de mi vida
veo que se acerca lento,
al fin inexorable
de mi humana existencia.

Tumba es mi pensamiento.
Ceniza mis ideas.
El calor de mi cuerpo
tórñase en frío letal.

Lo que luz era antes
hoy veo que son tinieblas:
el Bien, en la balanza,
pesa menos que el Mal.

No llaméis a mi musa.
Murió mi pensamiento.
A la nada volvióse
lo que la nada fué.

Tan sólo vive el alma
flotando en el vacío;
vagando a la ventura
y gritando: ¿A do iré?

FERNANDO FÉLIX

DESCONTENTO

Es mi manera de ser
tan contraria a mi deseo,
que si una cosa poseo
otra quiero poseer.

Trabajé con mucho ardor
por cosa que no tenía;
una vez que ya fué mía,
no le di ningún valor.

Voluble cual mariposa
que vuela de rosa en rosa
sin decidirse por una,
es mi vida de azarosa
al desear cualquier cosa
y no gustarme ninguna.

MANUEL FELTRER

Julio de Póo Comercio de calzado Altas novedades Comillas (Santander)	Cosechero de vinos del Condado de Trigueros (Huelva)	Amuebladora Marsal Gaztambide, 17 Tudela (Navarra)	Juan M. ^a Sanz Ramírez Maestro de obras y electricista de la Electro-Harinera S. Juan. Orellana la Vieja (Badajoz)
«Bazar Casita» Daniel A. Galán Alaejos (Valladolid)	Ramón Mira Agente comercial Aspe (Alicante)	ANUNCIOS para toda la Prensa de España = Grandes descuentos = STAR = Montera, 15 y 17 Apartado de Correos 12.079 MADRID	Eloy Cabanillas Sanz Maestro herrero y maquinista de motores de gas.—Orellana la Vieja (Badajoz)
Gregorio Gómez Sánchez. Relojes de las mejores marcas. Sta. Cruz de los Cañamos (Ciudad Real)	Joaquín Carmona Peluquero Llanos, 127 Guareña (Badajoz)	Guillermo González Solomando, Maestro panadero en la Electro Panadera S. Juan.—Orellana la Vieja (Badajoz)	Ríos Hermanos Salón de Peluquería Grazalema (Cádiz)
Demetrio Gutiérrez Fábrica de calzados de goma Ariza (Zaragoza)	Tejidos, Confecciones, Novedades, Mercería, Perfumería José Soldevilla Balver de Ginea (Huesca)	Manuel Feltrer Moreno.—Comisiones.—Iniesta (Cuenca)	Representaciones y comisiones acepto.—Marcial García.—Barrio de S. Felices Villadiego (Burgos)
Alejandro Boadillo Agente colegiado Doctrinas, número 3 Palencia	Antonio Torrens Truylol, Ingeniero Antonio Planas, 21-2.º Palma de Mallorca	J. Rodríguez Alcover Paquetería y coloniales Representaciones Beas de Segura (Jaén)	El cabo de trompetas del Batallón Ingenieros de Larache Carlos Correno Muñoz solicita madrina de guerra
José Fernández Gisbert Viajante Linares (Jaén)	Salvador Rodríguez Díaz. Abacería y fábrica de gasosas. Fuengirola (Málaga)	Miguel Domínguez Bartolomé, Mecánico electricista de la «Electro-Harinera de San Juan» Orellana la Vieja (Badajoz)	Chocolates LION D'OR Bilbao De venta en los buques ultramarinos
Tipografía La Moderna Horacio Magariño y C. Alcazarquivir	Madrina de guerra la solicita S. D. Florensa H. Convalecientes Larache	Fábrica de Harinas La Aurora Aragonesa Seigua (Huesca)	Esterería de Francisco Juan Valera. Manufactura de serones y aguaderas de esparto. Pi y Margall, 4. Valladolid
Manuel Bohorquez Fábrica de petacas, carteras y demás artículos de piel. Ubrique (Cádiz)	Tomás Oniedes Piazueto. Tejidos y muebles. Mayor, 46 La Puebla de Híjar	Proprietarios! Sustituid pozos negros por nuevo sistema de limpieza automática. A. B. del Pino Sevilla, 1 La Línea (Cádiz)	Isidro Rodríguez Navarro. Tejidos, Paquetería y Ferrería. Llano del Pozo, n.º 7.—Ribera del Fresno (Badajoz)
Curtidos y Paños Luciano Rodríguez Romero Ubrique (Cádiz)	Droguería y Perfumería Emiliano Rasines Medina de Pomar (Burgos)	Manuel del Pozo Sánchez, Jefe molinero de la Electro-Harinera San Juan.—Orellana la Vieja (Badajoz)	José Fernández Rodríguez.—Círculo de la Unión.—Ribera del Fresno (Badajoz)
LAIN-LAH Novela oriental, por Remée de Hernández y Antonio Hernández	Paquetería y Mercería Juana Ramírez Algodonales (Cádiz)	Manuel Caballero Palma. Representante. Admite casas coloniales y aceites.—Orellana la Vieja (Badajoz)	EI REGALO Tejidos y Pañería Plaza de los Arcos, 18 La Carolina (Jaén)
Bruno Urrecho Comisiones y Representaciones Miranda de Ebro (Burgos)	Monedas y medallas españolas compra el coleccionista D. Ventura García-Tornel Lérida		
Fabián Areitio Horticultor Grandes viveros Durango (Vizcaya)	J. Bautista Alonso Tejidos y Paquetería Novés (Toledo)		

MINERVA
ARTES GRÁFICAS
S. Hipólito, 4.-Córdoba

<p>CARAMELOS CAÑÓN Cánovas del Castillo, 21 y 23 Villafranca de los Barros (Badajoz)</p>	<p>JARABE BENZOSOL Es el específico preferido por los enfermos de vías respiratorias.</p>	<p>Está en prensa el libro EL AMOR Y EL DOLOR EN LA TRAGEDIA MEDIA DE CALIZO Y MELIBEA Notas al margen de «La Celestina» por Teófilo Ortega</p>
<p>Barbería y Peluquería Antonio Macías Barreiro Cisnero núm. 54 Villafranca de los Barros (Badajoz)</p>	<p>PHOSPARSENESTRIGNOL (Ampollas) Excelente reconstituyente compuesto de glicerofosfatos con arrenal y estircinina.—Anemias.</p>	<p>JUAN FORTES ARREZA Restaurador de cuadros al óleo.—Ramsay Macdonald 18.—Huelva</p>
<p>José María Rodríguez Representante comercial Carmen, 10.—Pizarro, 15 y 17.—Villafranca de los Barros (Badajoz).</p>	<p>GRANDES ALMACENES DE BATIRIA DE COCINA Y PRODUCTOS ESMALTADOS CARMEN TORRES (Viuda de Viguera Madrid) Plaza de San Nicolás, 16.—CORDOBA</p>	<p>Cerveza al por mayor MIGUEL LOPEZ OSUNA Real, 47 Martos</p>
<p>José Gregorio Urbano Compra-venta de toda clase de ganado Doña Mencía (Córdoba)</p>	<p>“EL PASIONARIO,” Revista mensual dirigida por PP. Pasionistas. DOS EDICIONES AL MES La más económica y única en España en su género. No debe faltar en el hogar cristiano. SANTANDER.—Apartado, 67.</p>	<p>J. JOSÉ M.ª AMANN Agente de Bolsa, colegiado Gran Vía núm. 12, 4.ª Bilbao</p>
<p>Francisco Porrás Tejidos y Perfumería Doña Mencía (Córdoba)</p>	<p>CASTILLO FOTÓGRAFO ALMENDRALÉJO (Badajoz)</p>	<p>Ita Competidora M. LORENZO SOSA -NISADOS - - Cazalla</p>
<p>Tienda de comestibles Comidas y Refrescos de Agustín Güero S. S. de Valle.—Elguero</p>	<p>PREPARACIÓN Capitanes.—Pilotos.—Maquinistas Por don A. JAUDENES, Capitán de Corbeta, y don L. LALLEMAN, Teniente de Navio. Conde O'Reilly, 4 C A D I Z</p>	<p>Gran Hotel Eloy El mejor de Baños de Montemayor (Cáceres)</p>
<p>M. del Rosario de José M.ª Jaén Rodríguez Ramón Auñón, 20 San Fernando (Cádiz)</p>	<p>SAL FACI Verdadero específico contra la BACERA del ganado. Cuarenta años de éxito completo, confirmado por numerosísimos ganaderos de toda España. Venta en Farmacias y Droguerías.—Depósito general: Farmacia de Faci.—ZARAGOZA</p>	<p>Especialidad en gorras y novedades de todas clases NICANOR FLORES Puebla de Montalbán</p>
<p>Gonzalo Vegas Fabián Farmacéutico Cañaveral (Cáceres)</p>	<p>ESTUDIAD ARMONIA POR CORRESPONDENCIA dirigiéndose a J. SÁNCHEZ RUIZ PLASENCIA (Cáceres)</p>	<p>Próxima apertura GRAN HOTEL Última construcción de don Joaquín Belinchón Cuenca</p>
<p>FERRÓN Pirotécnico Martos (Jaén)</p>	<p>Cerveza al por mayor Miguel López Osuna Oficinas: Martos, Real 47, Teléfono 83.—Depósito: Estación Baeza. Empalme.</p> <p>VIUDA DE TIBURCIO PEREZ Carnecería y Salchichería Fray Luis de León, 42 Cuenca</p>	<p>ESCULTURAS Y TIPOS ANDALUZES J. ROMÁN Gracia, 6 Granada</p>
<p>LA IBÉRICA Fábrica de pastas alimenticias (CLASE ITALIANA) CAÑAVERAL (Cáceres)</p>		

